

LA ECONOMÍA CAMPESINA EN EL PERÚ: TEORÍAS Y POLÍTICAS*

*Bruno Kervyn***

Documento preparado para el Segundo Seminario Permanente de Investigación Agraria (SEPIA II) realizado en Ayacucho en junio de 1987. Por razones de espacio, se publica sólo parte del trabajo original, el que incluye un capítulo sobre la dinámica y otro sobre el cambio técnico, que no aparecen en esta edición. El texto integral está publicado por el Centro Bartolomé De las Casas (Cusco).

El objetivo de este ensayo es discutir algunos de los temas más relevantes que han sido investigados durante los últimos años en el Perú sobre la economía campesina, pero debatiendo las teorías que subyacen a las investigaciones e insistiendo en sus consecuencias para la política económica.

* Agradezco a Adolfo Figueroa, Raúl Hopkins, Daniel Cotlear, Efraín Gonzales, Enrique Mayer, y especialmente a Jean-Philippe Platteau por sus comentarios y sugerencias. Esta versión seguramente no satisfará las expectativas de todos, pero la culpa es sólo mía.

** Master en Economía de la Universidad Católica de Lovaina, investigador asociado al Centro Bartolomé De las Casas, Cusco.

Quiero romper con una tradición casi establecida en la presentación de balances¹ de investigación; tradición que consiste en recordar los aportes de los principales autores peruanos (o asimilados) sobre determinados temas, relevando las coincidencias y contradicciones entre ellos, indicando el «estado actual de la ciencia» y las pistas para futuras investigaciones. Existen ya excelentes balances que deben constituir puntos de partida (y no de llegada) para arriesgar algunas reflexiones sobre la investigación en economía campesina en el Perú.

Entonces, mi aproximación al problema será un tanto subjetiva en la selección de los temas y voluntariamente polémica (con todos los riesgos de simplificación y exageración que esto implica), pues es notoria la escasez de debates escritos entre investigadores agrarios, que son demasiado pocos y se conocen demasiado bien. Luego, quiero ubicar los estudios peruanos dentro de los respectivos debates internacionales, no tanto por exotismo sino para escapar a lo que Adolfo Figueroa llama el «provincialismo peruano»².

Después de presentar una visión impresionista y muy general de las investigaciones realizadas, me limitaré a dos temas: 1) los aportes de la «descripción económica» para la acción; 2) la lógica de funcionamiento de las economías campesinas. Salta a la vista que cuestiones muy importantes no serán abordadas acá. Por ejemplo, no pretendo tratar como tal el tema de las relaciones con el mercado el rol del Estado, ni la organización (la significación y el papel e a comunidad campesina). Además, como el término *economía campesina* tiene una connotación bastante específica³, dejaré de lado

¹ Me refiero, sobre todo, a los trabajos de Caballero (1983), Hopkins (1984), Gómez (1986) y Revesz (1986).

² Provincialismo que no es en nada característico de los peruanos, pues muchos investigadores extranjeros parecen particularmente sensibles a la «utopía andina» y esto porque son tal vez los principales promotores de ella.

³ Daniel Thorner, «descubridor» de Chayanov, popularizó el concepto *economía campesina* en 1962, pero él lo utiliza para economías totales (como un modo de producción) y no solamente para describir el funcionamiento de la explotación familiar individual, que es el enfoque adoptado aquí. Su definición de la economía campesina es inaplicable al caso del Perú actual. (Ver Thorner, 1962).

muchos aspectos macroeconómicos por los cuales, tal vez, debería empezar todo estudio sobre el campesinado peruano⁴.

Finalmente, creo que la mayor limitación de este trabajo radica en mi desconocimiento de la antropología y de otra ciencia más importante, la reina de las ciencias sociales: la historia.

LAS INVESTIGACIONES EN ECONOMÍA CAMPESINA VISTAS DESDE LAS ALTURAS

En muchas investigaciones sobre economía campesina en el Perú -y especialmente en las más importantes de ellas- predomina un carácter empírico, descriptivo y estático. La falta de contenido teórico⁵ no es necesariamente un defecto -pues, como lo veremos, implica también grandes ventajas-, pero merece un intento de explicación. Creo que ésta se encuentra en el origen de los estudios que corresponden a lo que Bruno Revesz llama «la segunda ruptura de la investigación agraria en el Perú»⁶.

En efecto, la mayoría de los trabajos sobre economía campesina ha surgido de tres tipos de intereses: una preocupación redistributiva (justicia social), que conduce a entender las economías

⁴ Analizar las economías campesinas cobra todo su sentido si previamente se tiene una idea relativamente clara sobre la *composición del campesinado*, su *importancia* (demográfica, social y económica), sus *relaciones con otros sectores*, sus *funciones económicas* en el desarrollo del país y sus *dinámicas* de largo plazo. Sobre los primeros aspectos habrá que referirse en el futuro inevitablemente, a la Encuesta Nacional de Hogares Rurales -ENHAR (INE, 1986)- También son referencias obligatorias los trabajos descriptivos sobre regiones realizados por el INP, BCR, etc. (Ver, por ejemplo, UNA «La Molina» y CERA «Bartolomé De las Casas», 1986).

⁵ La falta de contenido teórico significa, para mí, que las teorías que subyacen a las investigaciones no son explícitas., es decir, que no son claramente explicadas para su contrapuestas a los resultados de las investigaciones.

⁶ Es decir, el desplazamiento de los temas (e investigadores) ligados a la reforma agraria por temas, de un lado, mucho más diversificados y, de otro, que otorgan especial importancia al minifundio andino, a las comunidades y a sus posibilidades de modernización (Revesz, 1986).

del sector más pobre de la población peruana; la necesidad de conocer más a fondo los grupos beneficiarios de numerosos proyectos de desarrollo, especialmente en el sur andino (Kervyn, 1986) y, recientemente, la obligación de participar de manera activa en el debate sobre políticas agrarias, lo que explica el nuevo interés por la cuestión del cambio técnico. En otras palabras, desde su inicio, la investigación estuvo ligada a una preocupación concreta -qué hacer y cómo- antes que a motivos académicos (Caballero, 1983). El resultado es que los investigadores no están en general muy interesados en probar teorías -a su vez ligadas a determinadas posiciones ideológicas⁷-, sino que parten de la necesidad de descubrir una realidad que a nivel económico era, en buena parte, desconocida hasta la década de los 60. La gran ventaja de este enfoque es que permitiría rearticular las teorías a la luz de los estudios empíricos y no a la inversa, y escapar así a los entrapamientos en los cuales han caído las investigaciones agradas en varios países⁸.

Así, los trabajos de muchos economistas agrarios se distancian de los dos patrones dominantes de la ciencia económica en el Tercer Mundo: los paradigmas marxistas y neoclásicos. El primero asegura que la pobreza campesina proviene de la explotación de la cual es objeto el campesinado en un sistema capitalista. Esta explotación se da por la transferencia de los excedentes generados en el sector minifundista hacia otros sectores de la economía (agrarios o no). Si se quiere mejorar el nivel de vida de la población campesina hay que invertir esos flujos, con todas las consecuencias de cambios estructurales y políticos que esto implica. El papel de la investigación es estudiar cómo se da la extracción del excedente, y, por lo tanto, pone especial énfasis en el análisis de las relaciones sociales y de todos los «puntos de contacto», entre los campesinos y el mercado o el resto de la economía en general (Deere y De Janvry, 1979). Pero, los mayores aportes del marxismo consisten tanto en relevar la importancia de las *condiciones locales concretas*, históricas, sociales y

⁷ Es por lo demás evidente que hay teorías e ideologías -a menudo implícitas— detrás de todos los estudios, y a veces contradicciones entre estas teorías y la posición ideológica de los autores que defienden.

⁸ Para el caso de México ver, por ejemplo, Heynig, 1982.

geográficas – lo que debería impedir la extensión mecánica, a otros contextos, de un análisis realizado para determinados países, como en proponer una teoría del *cambio* agrario⁹.

A nivel del análisis de la problemática agraria, el paradigma neoclásico consiste en establecer modelos de comportamiento y de racionalidad individual de los campesinos, basados en la hipótesis de la maximización de una función de utilidad, lo que permite medir el grado de «eficiencia»¹⁰ de los pequeños agricultores, de mercados, de determinados sistemas de tenencia de la tierra, etc. Contrariamente a lo que muchos piensan, los economistas neoclásicos son, a menudo, los más entusiastas defensores del minifundio y de las reformas agrarias que lo favorecen directamente, cuando constatan que es el sistema más eficiente para producir alimentos, ocupar la mano de obra y distribuir ingresos más equitativamente.

El Perú no cuenta con una sólida tradición marxista en estudios *económicos* agrarios. La razón de esto se debe posiblemente a que los economistas (aun los de izquierda) encontraron en la teoría marxista herramientas poco adaptables a estudios microeconómicos y estáticos; es decir, que hubo pocas coincidencias entre la teoría y las necesidades de investigación que surgieron a fines de la década de los setentas. Esto explicaría que el paradigma suda solamente al tratarse el tema más macroeconómico de las relaciones entre economía campesina y desarrollo capitalista, o en el debate sobre la reestructuración agraria. Pero, como consecuencia, sabemos poco sobre la importancia de cada uno de los mecanismos de extracción de excedentes¹¹ y su

⁹ Este punto es retomado en la sección sobre dinámica dentro del texto íntegro, pero no aparece en esta edición.

¹⁰ Trataré extensivamente la noción de eficiencia en la sección sobre la lógica de funcionamiento de las economías campesinas.

¹¹ Sin embargo, los trabajos pioneros de Webb (1977) y Hopkins (1981) tienden a mostrar que la extracción de excedentes vía mecanismos de precios ha sido significativa en el pasado (¿lo es todavía?), aunque transferencias inversas en servicios compensaron en parte estos flujos. Un análisis convincente de esta cuestión debería basarse en modelos intersectoriales y tablas insumo-producto. Este tipo de análisis fue desarrollado para el caso de Taiwan, con resultados espectaculares (ver Yotopoulos y Nugent, 1976, Págs. 262-270).

efecto global sobre las economías campesinas. ¿Constituyen realmente una traba fundamental al desarrollo del sector de minifundio? ¿La pobreza campesina se debe al tipo de desarrollo capitalista que conoció el Perú? ¿En qué medida y cómo? Gracias a estudios de historia económica (Thorp y Bertram, 1978) sabemos que el desarrollo del capitalismo en el Perú no se hizo en base a la explotación del campesinado, y otros estudios mostraron que éste no es funcional a aquél (Kervyn, 1984). Sin embargo, quedan muchas dudas sobre el papel del campesinado en la economía peruana y en su historia, problema que son tradicionalmente planteados (o influenciados) por la teoría marxista.

La escasa utilización del paradigma neoclásico en los estudios peruanos se debe probablemente a la misma lógica interna del modelo: economistas neoclásicos, maximizando su ganancia, igualan el precio de su mano de obra con el valor de su producto marginal y, por lo tanto, no se meten en investigaciones agrarias, y menos en trabajos de, campo que ofrecen una rentabilidad individual relativamente baja¹². En consecuencia, nadie todavía se ha atrevido a tratar de *probar* que los campesinos son eficientes asignadores de recursos, en el sentido que los usan hasta igualar el producto marginal de cada factor con su precio de mercado. Tampoco se ha demostrado que los mercados rurales funcionen en competencia perfecta, ni que el minifundio permita una óptima utilización de la mano de obra en la agricultura.

En definitiva, las características antes señaladas de los estudios sobre economía campesina explican, en buena parte, que la productividad marginal *social* de esos trabajos sea tan alta; es decir, que ofrezcan resultados casi inmediatamente utilizables por los programas de desarrollo rural y por la política agraria en general. Ahora, veamos brevemente los principales aportes de lo que llamaré la «descripción económica».

¹² Esta baja rentabilidad se debe a la escasez de información estadística sobre el campesinado peruano y, más que todo, a la marginación de este sector el gobierno y las empresas privadas no tienen mucho interés en financiar investigaciones sobre economía campesina; éstas se realizan gracias - fundamentalmente- a contados apoyos internacionales, pero raras veces deparan a sus autores un estatus similar a aquél alcanzado por los economistas que se ocupan de temas considerados «más serios».

DESCRIPCIÓN ECONÓMICA Y ACCIÓN

Los principales aportes «operativos» de las investigaciones en economía campesina son bien conocidos y han sido a menudo relevados, pero su escasa utilización en los programas de desarrollo justifica que se los recuerde acá. A mi juicio, estos aportes son cuatro: la heterogeneidad del campesinado, la diversificación de actividades, la interdependencia entre éstas y la aversión al riesgo.

HETEROGENEIDAD

El campesinado constituye un mundo profundamente heterogéneo. No solamente por evidentes razones ecológicas, geográficas y culturales, sino, también, por su disponibilidad de recursos, niveles y composición de ingreso, tipos de organización, relaciones con el mercado, etc. Esta heterogeneidad se manifiesta, no sólo a nivel familiar, también está presente entre comunidades y entre regiones¹³.

Desde el punto de vista de la acción, esto implica que existen pocas soluciones técnicas, económicas y sociales válidas para todos los campesinos del país, o aun para los de un sólo distrito: los programas de desarrollo deben realizar un considerable esfuerzo de adaptación a condiciones locales diferenciadas. Luego, como no existe un «campesino representativo» no puede haber tampoco un efecto uniforme de programas de desarrollo; el impacto sobre la producción, las relaciones sociales y el ingreso será bastante diferente de un campesino a otro, de una comunidad a otra, de una región a otra. Sin embargo, las instituciones de desarrollo diseñan sus acciones, por lo general, en función de los campesinos más «ricos» o más integrados al mercado; lo que no sería en sí un problema si no fuera por las distancias que tan a menudo existen entre la acción y su

¹³ Por ejemplo, Cotlear (1986) encuentra que, en promedio, el ingreso familiar y la productividad de la tierra son cinco veces más altos en una región de la sierra central (Acolla) que en una región de la sierra sur (Pomacanchi), a pesar de que comparte las mismas características ecológicas y la misma estructura de tenencia de la tierra.

discurso justificatorio, y entre los paquetes tecnológicos propuestos a los campesinos y sus necesidades¹⁴.

Ahora, tan fuerte diversidad plantea un serio problema de investigación tecnológica, pues se supone que necesidades muy diversas requieren de una oferta técnica de tal diversidad; lo que, implica la organización de sistemas de investigación muy diferentes de los que existen actualmente. Si hay que adaptarla oferta tecnológica al medio andino, hay que descentralizar la investigación y abaratarla. Una manera de hacerlo sería realizar directamente *con los campesinos* parte de los ensayos agronómicos, en conservación de suelos, etc. La práctica ha demostrado no solamente que esto es posible, sino mucho más eficiente que los sistemas tradicionales de experimentación, pues se garantiza más fácilmente la adecuación de la técnica al medio -y su posterior difusión-, se aprovecha la propensión natural de los campesinos a ensayar nuevas técnicas y se incorpora el conocimiento que tienen sobre ciertas técnicas, llamadas «tradicionales».

Desde el punto de vista de la investigación económica, la heterogeneidad del campesinado plantea otros tipos de problemas para los estudios que utilizan fuentes primarias de información (encuestas, estudios de casos, etc.). Si en los Andes los promedios tienen poca significación -y es prácticamente imposible establecer muestras representativas pequeñas-, entonces, tipologías de agricultores se convierten en instrumentos indispensables de trabajo.

En el Perú los ensayos de tipologías son todavía excepcionales¹⁵, probablemente debido a la escasez de información estadística. Sin embargo, las tipologías dependen totalmente de los objetivos de la investigación. Para citar algunos ejemplos, el tamaño de la finca, la distancia con respecto al mercado, la densidad demográfica, la espe-

¹⁴ El mismo autor citado en la nota anterior hace interesantes observaciones sobre el problema de la adecuación de los servicios de extensión agrícola a las características socioeconómicas de los productores.

¹⁵ El trabajo de Hopkins y Barrantes (1987) constituye una notable excepción, y muestra que la clasificación de los productores por tamaño de la finca no es necesariamente la más apropiada. Las limitaciones de los datos censales condicionan este tipo de ensayo e impiden incluir variables más relevantes o desagregaciones más finas.

cialización productiva, la contratación de mano de obra asalariada, la proporción de la producción vendida en el mercado, etc., son todos indicadores que pueden ser utilizados simultánea o alternativamente para establecer una tipología de productores. Pero es evidente que la elección de los indicadores depende: 1) de lo que se quiere investigar -es decir, cuál(es) es(son) la(s) variable(s) dependiente(s)¹⁶ y 2) de la disponibilidad de información. Es ilusorio pensar que un buen trabajo de clasificación de los agricultores peruanos podrá un día satisfacer a todos los investigadores. Sólo podrá hacerlo un aumento significativo de la base estadística de la cual disponemos a nivel nacional. Mientras tanto, cualquier generalización de estudios parciales debe ser hecha con extremo cuidado.

La importancia de las tipologías *no* proviene sólo de la heterogeneidad (fuerte, mas no excepcional) del campesinado peruano. La tradición marxista de análisis del problema agrario descansa sobre el estudio de las relaciones de producción, lo que obliga, como mínimo, a distinguir entre productores menos o más capitalistas. Esta distinción tiene evidentes e importantes efectos políticos. Así, desde Lenin (1967) hasta Mao Tse-Tung (1967) existe una importante literatura y se han realizado interminables debates sobre el tema, pues establecer categorías implica utilizar (y definir) términos como «clases», «grupos sociales», «relaciones de producción», «formación social», «relaciones de producción capitalistas o pre-capitalistas», etc.¹⁷. Por falta de consenso sobre estas definiciones (y sobre muchas otras más), el debate no aporta mucho al investigador, más preocupado en encontrar categorías operativas que discusiones abstractas, pero subraya la necesidad de precisar la significación de los conceptos que utiliza¹⁸.

¹⁶ Buenos ejemplos de relación entre objetivos de investigación y criterios de selección de la muestra se encuentran en Figueroa (1981, apéndice 1) y Cotlear (1986).

¹⁷ Para una buena discusión del entorno del problema y su aplicación al caso de la India, ver Rudra (1982, caps. 15 al 21).

¹⁸ Por ejemplo, ¿por qué considerar como minifundista al campesino que tiene menos de *cinco* hectáreas?, ¿Por qué no guiarse por cuatro o diez? Luego, ¿qué implica este criterio?

Luego, en la tradición marxista, una tipología es un instrumento para el análisis *dinámico*, es decir, para comprender la evolución del campesinado en el largo plazo. En esta perspectiva, la simple caracterización de los pequeños productores por cantidades de recursos poseídos, o relaciones de producción utilizadas (compra o venta de fuerza de trabajo), resulta insatisfactoria, pues no permite captar los cambios que se están dando a nivel familiar o comunal. Es posible desarrollar tipologías alternativas y más satisfactorias a partir de las tendencias hacia la acumulación o desacumulación de capital hacia la «campesinización» o «descampesinización». (Por ejemplo: los cambios en la posesión de tierra y ganado y la evolución de las actividades no agropecuarias son buenos indicadores de la dinámica agraria.) Sin embargo, estas tipologías necesitan de una base informativa demasiado profunda, y solamente pueden ser utilizadas en muestras relativamente pequeñas.

Los ensayos empíricos de establecer una tipología en función del análisis marxista conducen a dos conclusiones. En primer lugar, tipologías dualistas (capitalistas y no capitalistas, ricos y pobres, explotadores y explotados, minifundistas o no, etc.) conducen a muchas arbitrariedades y son a menudo poco operativas, pues, cualquiera que sea el criterio elegido, encontramos que los campesinos se reparten de manera *continua* a lo largo de una escala¹⁹.

En segundo lugar, las relaciones entre características (por ejemplo, entre el tamaño de la finca y las relaciones de producción, entre la venta de fuerza de trabajo y el ingreso, entre el trabajo familiar y el extrafamiliar, entre el tamaño de finca y el rendimiento, etc.) son raras veces evidentes, lo que complica singularmente la tarea de establecer tipologías *explicativas*²⁰ en la agricultura.

Finalmente, la heterogeneidad del campesinado ofrece una enorme ventaja al economista agrario; le proporciona exactamente lo que necesita para establecer relaciones cuantitativas en análisis de «cross-section» una gran *dispersión* de observaciones en un mismo

¹⁹ Para una aplicación el caso de México, ver Crummett (1985).

²⁰ Por tipología «explicativa» entiendo el uso de categorías para probar una hipótesis: por ejemplo, que los pequeños agricultores son más productivos que los grandes, que los pobres tienden a proletarizarse, que existen clases sociales marcadamente distintas en el campo, etc.

tiempo. Es así relativamente fácil (?) relacionar, por ejemplo, la distancia al mercado con la tecnología, los precios con el patrón de cultivos, etc. Pero notamos que la heterogeneidad dificulta el uso del instrumental neoclásico, que se basa sobre comportamientos y racionalidades homogéneas. Evidentemente una función de utilidad puede admitir tantas restricciones como sea necesario, pero en este caso la tipología de productores debe ser diseñada con sumo cuidado (suponiendo que cada tipo tendrá una función diferente).

DIVERSIFICACIÓN

La economía campesina combina diferentes actividades en diferentes tiempos y espacios. El papel de la agricultura no es siempre primordial en la asignación del tiempo o en la formación del ingreso, aunque es normalmente la actividad prioritaria, pues asegura buena parte de la alimentación familiar (es la base de la reproducción). Esto implica que programas especializados dirigidos a una sola actividad o -peor- a un solo cultivo, tendrán un impacto reducido sobre el ingreso familiar, y que el impacto será mayor cuando más integrales y flexibles sean los programas (Kervyn, 1986). Por ejemplo, si la agricultura es la fuente de la mitad del ingreso anual de una familia campesina, y dado que el cultivo de papa representa el 40% de este ingreso agrícola, entonces una nueva técnica (o un aumento del precio de la papa) que logre duplicar el valor agregado en este cultivo -por unidad de superficie- aumentará el ingreso total en un 20% solamente.

Desde el punto de vista de la investigación, esta diversidad plantea un problema de definición (¿agricultor a tiempo parcial?, ¿semi-proletario?); otro de tendencia (¿esta diversidad está aumentando?, ¿reduciéndose?, ¿por qué?, ¿con qué consecuencias?) e, inclusive otro, como lo veremos, de lógica de funcionamiento (¿diferentes actividades implican diferentes lógicas de funcionamiento?, ¿cuáles son?, ¿es posible asignar un orden de prioridad a estas racionalidades?). Este último problema ha sido parcialmente abordado en los estudios peruanos, mientras que sobre la tendencia de mediano-largo plazo tenemos todavía indicaciones muy fragmentarias, que parecen apuntar hacia un aumento de la diversificación de actividades en algunas regiones serranas. También existen estudios

que tienden a mostrar que el aumento del ingreso y de la intensidad de la agricultura no va acompañado con una mucho mayor especialización en las actividades y cultivos más rentables (Figueroa, 1987; Cotlear, 1986).

INTERDEPENDENCIA GENERAL

Las diferentes actividades productivas de los campesinos están totalmente interrelacionadas. Hay una dependencia mutua de la agricultura, ganadería y artesanía que puede ser ilustrada por una matriz insumo-producto, mostrando cómo y qué aporta cada actividad a otra (Figueroa, 1981; Gonzales, 1984). Un modelo insumo-producto sirve para saber, en un momento del tiempo, qué insumos (qué productos) de una actividad -o sector- provienen de (se destinan a) otras actividades o a la misma, y para calcular el efecto de un cambio en un elemento de la matriz sobre los demás elementos. De la misma manera, en la economía campesina, parte de los insumos de la agricultura proviene de la ganadería, y viceversa; parte de los productos de la artesanía se destina a la agricultura o a la ganadería, y viceversa. Luego, un cambio en una actividad o en un cultivo -generado, por ejemplo, por una innovación técnica- tendrá efectos sobre el conjunto del sistema, es decir, sobre los insumos y productos de los demás cultivos y actividades.

Este sistema se puede ver como un «portafolio cuidadosamente establecido y experimentado» (Figueroa, 1981. pág. 126), lo que explica que muchos cambios técnicos no se dan, simplemente porque el efecto positivo sobre una actividad o cultivo es más que compensado por efectos negativos sobre otras actividades, o implica una adaptación del conjunto del sistema, que solamente se puede dar en el mediano plazo. Esto significa que hay que tomar en cuenta la matriz tecnológica para proponer innovaciones; es decir, ver la economía campesina como un todo y no solamente como la suma de sus partes.

El aspecto más importante es comprender la complementaridad entre los diferentes cultivos, de un lado, y de otro, entre agricultura y ganadería, en lugar de analizar diferentes cultivos y actividades como competitivas. Otra consecuencia es que, a veces, la producción intermedia es más importante que la producción final. Por ejemplo, se cultiva maíz a 3,600 m. para alimentar el ganado, o se cría vacunos

para jalar el arado. Entonces, si sólo se toma en cuenta el producto final (destinado al intercambio o al consumo directo), se concluye fácilmente que tal cultivo o actividad es antieconómico; pero, en realidad, encuentra su justificación en el conjunto del sistema.

Así, un error frecuente consiste en no entender ni los sistemas de alimentación, ni las, funciones económicas del ganado: se recomienda que la cantidad de ganado no exceda la soportabilidad de la superficie disponible de pastos y se propone introducir ganado mejorado, sin darse cuenta que en muchos casos los subproductos agrícolas son más importantes que los pastos en la alimentación del ganado (Kervyn *et al*, 1982), y que las características del ganado vacuno deben ser adaptadas a su función de proveedor de insumos (Gonzales y Kervyn, 1987).

El modelo de análisis intersectorial (matriz insumo-producto) ofrece, entre otras muchas cosas, una entrada al entendimiento de la utilización de la mano de obra en la economía campesina. En efecto, el principal insumo utilizado por cada «sector» (cultivo o actividad) es la mano de obra, es decir, que ésta se reparte entre todas las líneas (sectores) de la matriz. Evidentemente, esto implica que un cambio en un elemento afectará también esta repartición. Pero, más allá del problema de la disponibilidad de esta mano de obra (¿cuándo y en qué medida está desocupada?), la pregunta interesante concierne a su productividad, es decir, al determinante del ingreso.

Constatamos que esta productividad varía mucho de una actividad a otra, de un cultivo a otro (EQUIPLAN, 1979). Pero, ¿en qué medida es justificable hablar de productividades para cada actividad o cultivo? Si las economías campesinas se describen como un modelo de interdependencia general y obedecen a una racionalidad no capitalista²¹, entonces habría que ver el problema de la pobreza como un problema -entre otros- de la productividad del *conjunto* del sistema (Maletta, 1979, pág. 65) y *no* de cada una de sus partes. En

²¹ Si los campesinos obedecieran a una racionalidad capitalista, lo primero que harían sería abandonar aquellas actividades que contablemente arrojan pérdidas, salvo, justamente, si esas actividades se justifican por la interdependencia general. Al respecto, ver las observaciones que A.K. Sen hacía ya en 1966 (Sen, 1966, pág. 443), sin mencionar, por supuesto, la teoría de Chayanov (1924).

este caso el análisis marginalista debería ser sustituido por un análisis discreto. Lo interesante es que parece que las mismas conclusiones se aplican a los agricultores de los países europeos desarrollados, aunque me parezca difícil imaginar que éstos sean impermeables a la racionalidad capitalista.

AVERSION AL RIESGO

Relacionada a lo anterior está la incorporación del riesgo en el análisis de la economía campesina. Los economistas han utilizado este concepto desde hace más de veinte años²², pero en el Perú la insistencia sobre el riesgo es relativamente reciente (Figuroa, 1981). Parte de la idea de que los campesinos minimizan los riesgos, simplemente porque están tan cerca del mínimo de subsistencia que no pueden tomarse el lujo de riesgos importantes. En términos económicos, se dirá que el objetivo de reducción de la varianza del ingreso tiene prioridad sobre el objetivo de maximización de la esperanza matemática del ingreso. Evidentemente, estos dos objetivos son a menudo contradictorios: si la finalidad es la sobrevivencia económica, entonces el ingreso no será normalmente maximizado, y viceversa. Esta actitud no es en nada específica de la agricultura andina, pero es fundamental para explicar comportamientos que, de otro modo, parecerían irracionales. Una cierta aversión al riesgo²³ es una actitud indispensable a la sobre vivencia campesina; actitud que, curiosamente, es a veces totalmente pasada por alto en proyectos de desarrollo, que insisten en proponer paquetes tecnológicos que aumentan el riesgo, a la vez que se extrañan de la poca

²² Uno de los trabajos más conocidos y que más ha contribuido a generalizar la idea de la importancia del riesgo en la agricultura del Tercer Mundo, y en la explicación de los comportamientos de los campesinos, es el de Roumasset (1976). Esta idea fue también popularizada por Scott (1976).

²³ Una persona es aversa al riesgo cuando es indiferente entre el valor monetario de un evento incierto, y el valor menor de un hecho futuro cierto, lo que implica calcular la esperanza matemática de diferentes alternativas. Pero en la agricultura es imposible asignar probabilidades precisas a determinados sucesos, y es entonces difícil precisar la actitud frente al riesgo. Por esta razón es preferible hablar de una «cierta aversión al riesgo», lo que nunca constituye un rechazo *total* a éste.

receptividad de los campesinos a ciertas innovaciones. Todavía la aversión al riesgo es confundida con una supuesta oposición a la modernización o con una actitud «tradicional», aunque hay que reconocer que esta confusión se da más a menudo en los técnicos que en los economistas, que tienen acceso a los buenos textos sobre economía campesina.

Ahora, es necesario hacer dos precisiones sobre la utilización de la aversión al riesgo para explicar comportamientos. La primera, parte de comprobar que, muy a menudo, los campesinos asumen voluntariamente riesgos enormes en la producción o en actividades no agrícolas, lo que impide una generalización demasiado rápida del concepto de aversión y obliga a precisar los determinantes de la actitud frente al riesgo. Mencionaré dos posibles factores explicativos:

a) Frente a eventos cuya probabilidad puede ser estimada (porque son recurrentes), el campesino busca establecer mecanismos de seguro contra los riesgos. Así, la diversificación de actividades o cultivos, las relaciones patrón-cliente (clientelismo), los créditos de mediano o largo plazo (como ciertos *aynis*), las alianzas familiares y comunales y las estrategias demográficas son todos ejemplos de sistemas de seguros. Estos mecanismos (como la elección de un cierto patrón de cultivos o actividades) *traducen* el comportamiento del campesino frente al riesgo: él suscribe un seguro que no elimina el riesgo, pero lo controla. Más adversa será su actitud frente al riesgo y más importantes (y complejos) serán los sistemas de seguro.

Este comportamiento no es totalmente subjetivo, sino que se explica por razones económicas (ingreso, disponibilidad de recursos, etc.), pero, además, no sigue un orden lexicográfico *continuo*: existen discontinuidades que pueden ser debidas, por ejemplo, al nivel del ingreso o al costo de oportunidad de los factores. Una vez asegurado un ingreso mínimo, o cuando el costo de oportunidad de un factor es muy bajo, se toman riesgos importantes. Así se explicaría el que muchas decisiones concernientes a la asignación de mano de obra (ciertas migraciones temporales, por ejemplo) o sembríos impliquen riesgos elevados.

Finalmente, no es posible asegurarlo todo; sea porque ciertos eventos son poco recurrentes, o porque están menos sujetos a seguros por razones técnicas (la ganadería es más difícil de asegurar

que la agricultura), llega un momento en que es necesario asumir riesgos importantes.

b) Más determinante será un insumo, cultivo o actividad para la subsistencia de la familia, y más importantes serán los mecanismos de seguro que expresen una mayor aversión al riesgo. Estas diferencias explican también la diversidad de los comportamientos frente al riesgo.

El análisis del riesgo conduce, igualmente, a entender por qué determinadas instituciones, a veces justificadas por supuestos sentimientos de solidaridad, tienden a desaparecer cuando se desarrollan sistemas extracomunales de seguro, como son precios de garantía, crédito estatal, mercados estables, etc.

La segunda precisión concierne a la aplicación del concepto al análisis del cambio técnico. Es muy acertado afirmar que la aversión al riesgo constituye un obstáculo al cambio técnico, pero, en realidad, lo que afecta es solamente la rapidez de la difusión de los cambios, que aumentan la varianza del ingreso. En otras palabras, la aversión al riesgo es una variable explicativa sólo en el corto-mediano plazo y para ciertas innovaciones. No lo es en el largo plazo, cuando cambian los ingresos y los mecanismos de seguro, y tampoco afecta la difusión de las innovaciones que no aumentan los riesgos. Por ejemplo, si uno quiere explicar por qué la agricultura europea se demoró un milenio para adoptar el arado de vertedera, que constituía una tecnología «disponible» no apelará a la aversión al riesgo. Tampoco lo hará para entender por qué, casi 5 siglos después de la conquista, los campesinos andinos siguen utilizando la segadera en lugar de la guadaña, que es mucho más eficiente.

Normalmente se distingue entre riesgos que provienen de la actividad productiva (debidos a factores naturales), riesgos que provienen del mercado y riesgos personales (salud). Los primeros han sido objeto de un cuidadoso análisis realizado, en gran parte, por agrónomos desde hace unos diez años²⁴. Estos trabajos han incrementado considerablemente nuestros conocimientos sobre la diver-

²⁴ Ver Tapia (1982) y, en general, todos los trabajos publicados por el Proyecto de Investigación de los Sistemas Agrícolas Andinos (PISCA) en el Perú. También, varios trabajos presentados en los seminarios sobre cultivos andinos.

sidad y la racionalidad de las prácticas agronómicas de los campesinos andinos. Uno de los principales méritos de los estudios que muestran cómo los sistemas agrarios se adaptan a las condiciones naturales de los Andes, es superar la oposición entre «modernistas» y “tradicionalistas” en tecnología. Concluyen que cualquier esfuerzo de modernización debe partir de las prácticas existentes -es decir, mejorarlas en vez de sustituirlas- y debe adaptarse, igualmente, a los riesgos y ventajas ecológicas andinas.

Estos trabajos no han recibido todavía mucha atención por parte de los economistas, a pesar de las aplicaciones que prestan al análisis económico. Como las condiciones naturales determinan en parte los sistemas de producción, que condicionan a su vez la matriz tecnológica, es indispensable tener en cuenta los sistemas agrarios -y sus explicaciones- para entender las economías campesinas. Particularmente importante es, por un lado, comprender la utilización de los recursos en el tiempo y en el espacio, y, por otro lado, integrar las *razones* de determinadas asignaciones al análisis económico. Es todavía un defecto frecuente entre los economistas descuidar los parámetros ambientales. Felizmente, este sesgo está siendo corregido a nivel internacional²⁵ y no dudo que en los Andes, donde las variaciones en las condiciones ambientales son particularmente fuertes, se reconocerá la importancia de estos factores para explicar comportamientos e instituciones agrarias (sistemas organizativos).

La otra característica de la realidad rural, que ha sido hasta ahora muy poco tomada en cuenta en los estudios peruanos, es la relación entre recursos y población; es decir, la mayor o menor presión demográfica sobre los recursos. La importancia de esta relación se debe a tres razones principales:

a) Determina en buena parte los sistemas agrícolas utilizados, o sea, la *intensidad* relativa de la agricultura. Según Boserup (1970) un sistema agrícola se define por el ratio entre la superficie cosechada anualmente y la superficie total poseída con alguna aptitud agrícola. Diferentes sistemas agrarios implican diferentes productividades de la tierra y de la mano de obra, diferentes herramientas, técnicas de cultivo, etc.

²⁵ Ver, por ejemplo, Binswanger y Rosenzweig (1986) y Bray (1983).

b) Influencia el tipo de organización social que encontramos en los Andes. Las organizaciones sirven, entre otras cosas, para controlar el uso de recursos. Así, la función y las características de organización de una comunidad que posee mucha tierra y poca mano de obra será muy distinta de aquella de una comunidad que tiene poca tierra y dispone de mucha mano de obra. En el primer caso, el rol de la comunidad consistirá en controlar la mano de obra (recurso escaso), mientras que el acceso a la tierra (bien abundante) será muy poco regulado; en el segundo, la transferencia de la tierra (recurso escaso) será muy importante y, por lo tanto, controlada (por los mecanismos de herencia, por ejemplo), mientras que no tendrá sentido imponer reglas coercitivas al acceso a la mano de obra.

c) La evolución de esta relación entre recursos y población es uno de los determinantes del cambio técnico en el largo plazo.

LAS LÓGICAS DE FUNCIONAMIENTO DE LAS ECONOMÍAS CAMPESINAS

Este tema es importante por dos motivos: tiene inmediatas consecuencias para la política económica, y es objeto de teorías a veces totalmente opuestas. Por ello quiero exponer, en primer lugar, conceptos y teorías antes de atreverme a emitir comentarios más puntuales sobre su aplicación en los estudios peruanos y, finalmente, sacar conclusiones de políticas económicas.

Para abordar el tema distinguiré tres conceptos que están ligados, pero que no deben ser confundidos:

- 1) Los *objetivos* que persiguen los campesinos.
- 2) Los *comportamientos* que adoptan para conseguir estos objetivos, lo que en general se llama su «racionalidad económica».
- 3) La *eficiencia*, es decir, la cuestión de saber si esos comportamientos son o no compatibles con ciertos criterios *a priori* de eficiencia.

En la discusión quisiera separar los dos primeros conceptos del tercero, que plantea problemas particulares.

OBJETIVOS ECONÓMICOS Y COMPORTAMIENTOS: LA TEORÍA

Para la teoría marxista clásica, cuando el modo de producción capitalista es dominante²⁶ hay un solo objetivo económico posible: la maximización de la ganancia²⁷. Así, un productor adopta la lógica de producción capitalista, aun cuando es sólo formalmente subsumido al capital (es decir, cuando está relacionado con el mercado capitalista y explotado a través de él) y *no* exclusivamente cuando participa de las relaciones de *producción* capitalista²⁸. Por esta razón los pequeños productores campesinos pueden, hasta un cierto punto, ser asimilados a productores capitalistas (Maletta, 1979): las características, categorías y lógica de la economía capitalista se aplican, *mutatis mutandis*, a los campesinos.

En realidad, la integración al capitalismo es un proceso gradual que implica que los *comportamientos* sean cada vez más individualistas y competitivos (teñidos de lógica capitalista), y que actitudes

²⁶ Es decir, cuando todos los productores son subsumidos real o formalmente al capitalismo.

²⁷ Los marxistas modernos admiten otros objetivos -como la subsistencia, por ejemplo-, que forman parte de teorías como «de las articulaciones entre modos de producción” o «de la funcionalidad del campesinado» (ver luego, la discusión al respecto).

²⁸ Cuatro características fundamentales, que deben ser simultáneamente cumplidas, definen las relaciones de producción capitalista. Estas son:

a) La existencia de un mercado «libre» de mano de obra, mercado por el cual un excedente es extraído de los vendedores de fuerza de trabajo.

b) Este excedente es realizado en un mercado de bienes: los productores venden la mayor parte de su producción en este mercado.

e) El excedente es reinvertido, lo que da lugar a la acumulación de capital y a la reproducción ampliada.

d) La búsqueda de la mayor ganancia provoca un aumento de la composición orgánica del capital (una mayor productividad de la mano de obra) y un progreso técnico continuo.

Cada una de estas condiciones es necesaria, mas no suficiente para la existencia de relaciones capitalistas de producción (Rudra, 1982, pág. 404).

de solidaridad o reciprocidad no sean sino meras ilusiones o vestigios del pasado condenados a desaparecer.

En cuanto a la eficiencia, los clásicos del marxismo subrayan que la pequeña explotación no sólo es tecnológicamente primitiva, sino que representa un mal uso de la mano de obra; mal uso causante de la «pobreza y necesidad» («ruin and want») de los campesinos (Deere, 1984). Esta ineficiencia se debe a que la economía parcelaria no permite aprovechar los rendimientos de escala inherentes al progreso técnico en la agricultura.

Para la teoría neoclásica, el objetivo general es la maximización de una función de utilidad²⁹. Pero muchos autores siguen restringiendo el objetivo de los campesinos a la maximización de la ganancia, lo que implica igualar el ratio de los valores de los productos marginales de dos insumos, con el ratio de los precios de mercado de estos dos mismos insumos. En este caso, se dirá que un agricultor es eficiente en la asignación de sus recursos. (Ver, más adelante la discusión sobre la noción de eficiencia.) Además, este objetivo implica una actitud «neutra» frente al riesgo: los campesinos *no* pueden ser adversos al riesgo si son buenos neoclásicos maximizando su ganancia (Bliss y Stern, 1982, cap. 3; Lipton, 1968; Ghatak e Ingersent, 1984, pág. 127).

Si el objetivo es la maximización de una función de utilidad, entonces es posible, a la vez de introducir la aversión al riesgo, cualquier restricción de orden económico, sociológico o ambiental (por ejemplo, la preferencia por el ocio, el objetivo de ingreso mínimo, etc.), y seguir haciendo las mismas hipótesis neoclásicas sobre los comportamientos y la eficiencia. En realidad, las funciones de utilidad son poderosos instrumentos de análisis, justamente porque permiten una gran flexibilidad en la definición de objetivos y comportamientos.

Pero, en este, caso, la gran diferencia entre las teorías marxista y neoclásica radica en que la primera afirma, como un hecho empírico, la existencia de rendimientos de escala crecientes en la

²⁹ Una función de utilidad relaciona la *satisfacción* (o utilidad, o bienestar) de un individuo con una serie de variables (bienes, servicios u otros) que influyen sobre esta satisfacción. En realidad, una función de ganancia es simplemente un caso particular de una función de utilidad supone que la utilidad depende sólo de la ganancia.

agricultura, mientras que la segunda *supone* rendimientos constantes, a menudo por razones de comodidad analítica. Así, ambas teorías llegan a resultados opuestos: campesinos ineficientes en un caso, y eficientes en el otro.

La hipótesis de maximización de la ganancia ha sido atacada en todos los terrenos posibles, desde la teoría hasta la práctica. Los argumentos centrales son:

- 1) Los *comportamientos* de los campesinos no confirman esta hipótesis. En general, los pequeños agricultores son adversos al riesgo, y el valor de la productividad marginal de un factor difiere de su precio³⁰; no hay relación, en la agricultura campesina, entre la superficie cultivada y la «rentabilidad» de un cultivo, ni entre ésta y su grado de comercialización (Rudra, 1983; Kervyn et al, 1982, pág. 115). La teoría de la lógica capitalista, pues, deja inexplicados muchos comportamientos de los campesinos (Chayanov, 1924).
- 2) Esta hipótesis no logra dar cuenta de la inmensa variedad existente en el uso de recursos similares y en los resultados obtenidos. Si hay tantos comportamientos diferentes, es que existen diferentes objetivos y diferentes restricciones (de orden económico, social o natural). En teoría, funciones de utilidad pueden dar cuenta de esta diversidad y de su utilización para incluir parámetros ambientales, costos de transacción, etc. (ver, por ejemplo. Binswanger y Rosenzweig, 1986), constituyendo, tal vez, uno de los avances más interesantes de la economía campesina de los últimos años. Así, podría ser posible definir unos pocos objetivos simples y universales, y luego explicar las diferencias en comportamientos, resultados e instituciones agrarias, por las diferentes restricciones existentes.

Fuera de estas dos teorías -o como variantes de ellas- encontramos otras hipótesis sobre los objetivos de los campesinos.

³⁰ Aunque se acerque a su precio, cuando se utiliza una función de producción con datos de «cross-section», no podríamos derivar de esto ninguna conclusión, debido a la imposibilidad de especificar correctamente una sola función de producción dentro de las muchas posibles (Lipton 1968; Rudra, 1982).

En oposición radical a las teorías precedentes, algunos autores pretenden simplemente que los campesinos *no maximizan*: sólo buscan un objetivo, como la seguridad alimentaria, la reproducción de su fuerza de trabajo, la satisfacción de ciertas necesidades básicas o un ingreso mínimo. Estas teorías, que llamaré «de objetivo de subsistencia» no admiten la búsqueda de la ganancia, la acumulación o el aumento del bienestar (es decir, comportamientos maximizadores): los campesinos buscan reproducir el mundo tal como lo han conocido sus antepasados. En este caso, es evidente que tanto la teoría marxista como el instrumental neoclásico resultan inútiles para explicar comportamientos de subsistencia. Esas ideas provienen directamente de los estudios antropológicos sobre comunidades primitivas³¹, y de los realizados por Chayanov. En esta escuela agruparía a todos los defensores de la «forma de producción mercantil simple»³². Los comportamientos que derivan del objetivo de subsistencia implican una minimización de los riesgos³³, una cierta reciprocidad entre los productores (pues la subsistencia de la familia depende de la acción del grupo) y una resistencia a todas las formas de penetración del capitalismo.

No voy a resumir acá todas las consecuencias de esta escuela, y menos los ataques teóricos y políticos que ha sufrido (ver, por ejemplo, aquéllos de Janvry, 1981, y Patnaik, 1979). Quiero relevar solamente el origen de una teoría que tiene un evidente impacto sobre los investigadores agrarios andinos.

Existe el consenso cada vez más generalizado que en una

³¹ Ver, por ejemplo, los artículos contenidos en R. Firth, 1967 y M. Godelier, 1974.

³² «The Journal of Peasant Studies» se ha hecho el portavoz del debate alrededor de la producción mercantil simple. Ver, por ejemplo: G. Smith, 1985. C. Smith, 1984, a y b; C. Meillassoux, 1973; J. Chevalier, 1983.

³³ La minimización del riesgo es, entonces, una *norma praxeo-lógica* del objetivo de subsistencia y *no* un objetivo en sí mismo. ¡Nadie vive para minimizar el riesgo! (Ver Platteau, cap. 5, 1982). Esto es también diferente del caso de las funciones de utilidad que introducen el riesgo como una restricción. En el primer caso, los campesinos son adversos al riesgo porque buscan sólo su subsistencia; en el segundo, maximizan su utilidad bajo la restricción de minimización del riesgo.

economía campesina no puede haber un único objetivo posible. La diversidad de comportamientos se debe a evidentes factores institucionales y ambientales, pero podría también encontrar uno de sus orígenes en el hecho que la economía campesina produce, a la vez, para su subsistencia y para el mercado. Este «dualismo» tendría repercusiones tanto sobre los objetivos de los campesinos como sobre sus procesos de decisión, respuesta a los incentivos de mercado, etc. Es decir, la economía campesina no es ni de autosubsistencia ni mercantil, sino una mezcla de las dos. ¿Qué racionalidad particular implica esta mezcla?

Esta línea de razonamiento ha sido seguida en dos direcciones diferentes. De un lado, economistas han estudiado las condiciones de equilibrio de estas economías «duales» y sus respuestas a cambios exógenos, con diferentes niveles de autoconsumo, presión sobre la tierra, productividad, salarios, precios, etc. (Fisk, 1975; Nakajima, 1970, partes I y II; Sen, 1966). Concluyen que es indispensable tomar en cuenta la producción de autosubsistencia -que es el principal determinante del bienestar-, pero que cuando las hipótesis de maximización se aplican a economías parcialmente mercantiles no conducen ni a comportamientos irracionales ni a una asignación ineficiente de recursos; es decir, que no es necesario apelar a razones culturales u otras (tradicionalismo, etc.) para explicar sus comportamientos.

La segunda dirección seguida es la de la antropología económica, y consiste en analizar los procesos de decisión en estas economías duales; es decir, produciendo cultivos exclusivamente comerciales y otros solamente para el autoconsumo. La conclusión es que los procesos de decisión son claramente diferenciados: los campesinos *no* tienen los mismos comportamientos (actitudes frente al riesgo, a cambios de precios, a posibilidades de innovaciones tecnológicas, etc.) en ambos sectores de su economía, lo que significa que políticas útiles para el sector comercial pueden ser totalmente inoperantes para el sector de autoconsumo (Ortiz, 1967 y 1973).

En conclusión, la tendencia en las investigaciones económicas es aceptar que no hay necesariamente un objetivo único, ni un solo modelo de comportamiento, sino una diversidad que se debe a diferentes contextos socioeconómicos (integración al mercado, estructuración económica, etc.) y físicos. Se ha avanzado en la construcción de modelos que -utilizando funciones de utilidad- presentan unos pocos

objetivos homogéneos pero admiten una gran diversidad de restricciones, lo que permite explicar (y predecir) diferentes comportamientos. Las investigaciones en este sentido han precisado las relaciones entre contexto y comportamiento, por lo que son extremadamente útiles; sin embargo, los ensayos para adecuar modelos económicos formales a esta diversidad no muestran todavía una correlación significativa entre los esfuerzos desplegados (por los economistas) y sus aplicaciones prácticas.

OBJETIVOS Y COMPORTAMIENTOS: LAS INVESTIGACIONES PERUANAS

Debido a sus motivaciones propias, los estudios peruanos no partieron de hipótesis bien definidas sobre los objetivos económicos de los campesinos, sino de las características de las economías campesinas (confundiendo a veces objetivos con características). Al enfatizar la aversión al riesgo, la heterogeneidad, la diversificación de actividades, la reciprocidad, etc., muchos estudios llegan naturalmente a admitir el objetivo de subsistencia como el más razonable (salvo contadas excepciones; por ejemplo, Sánchez, 1982), pero sin insistir demasiado en la diversidad de comportamientos, que es más descrita que explicada. Así, tal vez por el escaso énfasis dado al análisis microeconómico, las hipótesis marxistas y neoclásicas son poco tomadas en cuenta, y los trabajos peruanos parten de donde otros han llegado después de años de debates e investigaciones. Sin embargo, no creo que los economistas agrarios admitirían todas las implicaciones teóricas del objetivo de subsistencia, y mucho menos sus consecuencias políticas³⁴.

El único texto que conozco -que discute de manera sistemática y original las diferentes observaciones e hipótesis sobre la racionalidad del campesinado andino- es el de Caballero (1983, pág. 300 y ss.), por esta razón lo tomaré como base para la discusión del tema.

³⁴ Según De Janvry (1981, Págs. 100-106), negar la búsqueda de la ganancia en el campesinado implica reemplazar las relaciones de clases y de explotación por un concepto de «articulación»; lo que es muy útil desde el punto de vista de los neopopulistas, «que quieren minimizar la conciencia del desarrollo de clases en el campo» (ibídem, pág. 106).

Primero, Caballero (como muchos otros autores) admite el objetivo de subsistencia: «El elemento motor (de la vida económica del campesinado) es la satisfacción de las necesidades familiares (presentes y futuras), más que la acumulación o que algún -principio abstracto de reciprocidad».

Segundo, impresionado también por la diversidad de la economía campesina y su integración al mercado, avanza una hipótesis muy similar a la de Sutti Ortiz, la que consiste en «distinguir dos principios en la programación de la asignación de recursos de la familia campesina (que pueden verse como dos fases, aunque no separadas en el tiempo): 1) de acuerdo a la actitud frente al riesgo, y 2) de acuerdo a «la finalidad perseguida». La «actitud frente al riesgo» responde al objetivo de «asegurar sus necesidades elementales», para lo cual el comportamiento campesino estará dominado por la aversión al riesgo; en cuanto a «la finalidad perseguida», este principio obra como respuesta a un objetivo de «maximización del ingreso neto» en base a «los recursos que quedan», y aquí «la actitud frente al riesgo es neutral o inclusive favorable» (ibídem, pág. 301).

Tercero, el autor parte de una hipótesis de Figueroa (1981, a, pág. 95), que consiste en suponer que los campesinos priorizan su tiempo de trabajo en función, primero, de las actividades agropecuarias y, luego, de las otras actividades, para proponer un orden de prioridad en los *objetivos económicos de los campesinos*; así, la satisfacción de las necesidades (subsistencia) sería el objetivo prioritario, seguido por la maximización del ingreso.

Cuarto, y en aparente contradicción con las hipótesis anterior³⁵, Caballero señala que «los campesinos no llevan al mercado el excedente después de cubrir sus necesidades; en su estrategia de asignación de recursos la producción para el mercado está desde un inicio presente»(ibídem, pág. 300).

Quinto, el autor subraya la importancia de este tema y la falta de investigaciones que permitan confirmar las hipótesis avanzadas: «Queda por delante un esfuerzo conjunto entre antropólogos y econo-

³⁵ La contradicción es sólo aparente, pues la tercera hipótesis implica un orden de preferencia en la asignación de recursos y objetivos económicos, mientras que esta cuarta hipótesis alude a un principio de planificación en la utilización de estos mismos recursos.

mistas para establecer, en forma más exacta y matizada, cuál es la racionalidad económica del campesinado andino y qué consecuencias se derivan de ella para la política económica (y no económica)», (ibídem, pág. 312)³⁶.

Así, en pocas líneas, quedan planteadas cinco hipótesis coherentes, sobre objetivos y comportamientos, y una guía para futuras investigaciones.

Creo que la propuesta de Caballero (que incluye, claro está, ideas de otros investigadores) constituye un importante avance frente a las teorías que postulan un solo objetivo y un solo tipo de comportamiento posible. Sin embargo, haré las siguientes observaciones:

1) Dudo de la posibilidad -o validez- de *generalizar* un orden de prioridad en la asignación de los recursos y en los objetivos económicos. Los trabajos de Butti Ortiz (1967 y 1973) -confirmados por mi propia experiencia de campo- muestran que la priorización es función de los recursos disponibles y de otras restricciones, como son el acceso al mercado, el nivel de la información, etc., y no de una racionalidad inherente al campesinado en general. Así, campesinos con muy poca tierra priorizan las actividades «Z-L» (artesanía, comercio, trabajo asalariado), y cuando uno les pregunta por qué descuidan su chacra, dan la misma respuesta que la obtenida por Figueroa: O «porque no tengo tiempo»³⁷. De la misma manera es frecuente observar que los campesinos con más tierra dedican un lapso *menor* a la agricultura que los campesinos llamados «medios»³⁸. Evidentemente esto no significa que las hipótesis de Caballero y Figueroa sean

³⁶ Norman Long (1984) comparte las preocupaciones de Caballero, cuando apela a investigaciones de campo que permitan saber si en algunos estratos campesinos, las actividades *no* agrícolas no se están volviendo dominantes, en el sentido de determinar las estrategias económicas de los miembros de la familia. En este caso, la agricultura jugaría un rol subordinado tendría sentido hablar de un proceso de «descampesinización».

³⁷ La pregunta de Figueroa apuntaba a lo siguiente: ¿Por qué no migran temporalmente a trabajar en otros lugares donde el salario es comparativamente más alto?

³⁸ Esta es una observación de campo, pero está ligada al debate sobre la relación inversa entre tamaño de la finca y rendimiento, debate especializado de la literatura económica agraria de la India. Parece que, en última

falsas, sino que es indispensable partir de una tipología de campesinos para hablar de comportamientos. En este caso, creo que sería más razonable volver al modelo neoclásico, que define un comportamiento homogéneo de maximización bajo diversas restricciones posibles. La gran ventaja de este concepto es que permite incluir las hipótesis de Caballero y Figueroa, pero con un nivel mucho mayor de generalidad. Como lo veremos, estas observaciones tienen importantes consecuencias para la política económica, pues diferentes comportamientos (es decir, diferentes restricciones) implican diferentes respuestas a incentivos económicos.

2) Postular el objetivo de subsistencia como opuesto a la acumulación (Caballero *no* lo opone) conduce, fácilmente, a olvidarse que para los campesinos la producción de excedentes es una *necesidad*. De un lado, lo ha sido a lo largo de la historia cuando el campesinado tuvo que producir excedentes para pagar tributos, impuestos y varias formas de renta precapitalista; de otro lado, la inversión y la acumulación son necesarias para la reproducción del patrimonio familiar (Ossio y Medina, 1985, pág. 218), su pena de ver disminuir los recursos al mismo ritmo que se incrementa la población. Lo que puede ser eventualmente cuestionado es el objetivo de acumulación *per se*, mas no el *hecho* de la acumulación.

Ahora bien, acumular en la agricultura -en una economía campesina- no significa tener necesariamente más tierras, sino tierras de mejor calidad. A su vez, este proceso no se da sólo por la inevitable adquisición (o alquiler) de mejores tierras, sino que también puede darse por el mejoramiento de las tierras existentes (Boserup, 1970 y 1984). Así, la inversión monetaria en la agricultura es un indicador imperfecto del grado de acumulación en el campo. Las inversiones más importantes (tenazas, canales, reservorios, etc.) requieren de una inversión monetaria muy reducida en comparación

instancia, esta relación es cierta *dentro* de la economía campesina, pero deja de serlo cuando se incluye en el análisis tamaños mayores de finca, es decir, cuando la economía campesina. (el minifundio) es comparada con economías capitalistas o semicapitalistas. En general, una relación *directa* entre tamaño y rendimiento sería muy poco probable en pequeños agricultores, pero, una vez pasado cierto umbral de extensión de finca, es perfectamente dable (Rudra, cap. 7. 1982; Patnaik 1979).

con la inversión en mano de obra. Calculadas en días trabajados, las inversiones agrícolas aparecen mucho más importantes que cuando son estimadas en dinero.

3) La cuarta hipótesis de Caballero («los campesinos no llevan al mercado el excedente después de cubrir sus necesidades») ataca un mito bien establecido, pues está basado en el sentido común: por ejemplo, se considera evidente que la proporción vendida de la producción agropecuaria está directa y positivamente relacionada con la producción total y con la disponibilidad de recursos. Esta relación es seguramente cierta sobre un rango amplio de productores (por ejemplo, de 0 hasta 50 hectáreas cultivadas), pero puede no serlo dentro de la economía campesina, es decir, sobre un rango muy estrecho de producción. Así, una investigación realizada en cinco comunidades del Cusco sobre el destino de la producción agrícola (Blum y Frieben, 1984), muestra que son los más pobres quienes venden la mayor proporción de su producción en el mercado, y sólo cubren entre el 10 y el 20 por ciento de sus necesidades alimenticias a partir de su producción propia. Además, estos pobres no podrían abastecerse si comieran la totalidad de su producción agrícola, y a pesar de esto, ellos venden por lo menos la quinta parte de lo que producen. Estos resultados no son nada extraños; las encuestas de Cotlear en la sierra (Cotlear, 1986) muestran varios casos de cuartiles pobres que tienen una proporción de ingresos monetarios mayor a aquélla de cuartiles más ricos.

Estudios dinámicos realizados en vanos países del Asia, así como trabajos actuales en la India, reportan que la relación entre el porcentaje de la producción comercializada y el tamaño de la finca tiene muchas veces una forma de «U», indicando que los más pobres (fincas muy pequeñas) a menudo venden una proporción mayor de su producción que los medianos. Esto implicaría que cualquier programa que aumentase los rendimientos agrícolas de los muy pequeños agricultores en la sierra (allá donde existen pocos cultivos exclusivamente comerciales) tendría un impacto inmediato y positivo sobre el nivel alimenticio de esos campesinos (aumentaría el nivel de autoconsumo). Otra implicancia se daría en cuanto la producción comercializada de los pobres, que es probablemente más elevada de lo que se piensa generalmente; es decir, no sería cierto que las políticas de precios «afectan solamente a los campesinos más ricos».

Creo que no hay que tomar demasiado al pie de la letra la segunda parte de la frase de Caballero («...en su estrategia de asignación de recursos la producción para el mercado está desde un inicio presente»). Es cierto que algunos cultivos se destinan «naturalmente» al mercado (las hortalizas o la cebada, en el Cusco), pero en la mayoría de los casos (para productos a la vez comerciales y de autoconsumo) las decisiones de vender o no vender se toman en los meses que siguen a la cosecha y raras veces en el momento de la siembra³⁹. Así, la economía campesina está muy lejos de constituir un sistema rigurosamente planificado, por el contrario, es una organización flexible que deja abiertas muchas opciones posibles, a fin de poder adaptarse rápidamente a cambios exógenos. La subsistencia campesina requiere de estas posibilidades de ajustes.

4) «...establecer en forma más exacta y matizada cuáles la racionalidad económica del campesinado andino» es una tarea bien complicada, no sólo por las múltiples racionalidades posibles, sino por la dificultad de reflejar fielmente una realidad muy diversificada y compleja. Pienso que habría que invertir la frase de Caballero y partir de las preguntas (o evaluaciones) planteadas por la política económica, para luego definir las necesidades de investigación en este campo. Por ejemplo, un análisis comparativo de políticas alternativas de crédito y de sus efectos en diferentes estratos campesinos puede enseñar mucho sobre un problema bien preciso de racionalidad económica: ¿La baja inversión monetaria en la agricultura es, principalmente, un problema de costo de capital o de disponibilidad?, y luego, ¿cuáles son los efectos sobre la asignación de recursos de diferentes tipos de crédito? En general, el análisis de las reacciones campesinas a diferentes estímulos externos echa más luces sobre el problema de la racionalidad que muchas investigaciones basadas en comparaciones estáticas.

³⁹ Todos los modelos «duales» de la economía campesina separan radicalmente los cultivos comerciales de los cultivos de autosubsistencia. Esta separación es casi una necesidad para la formalización de los modelos, pero se aplica más al caso del campesinado andino que cultiva pocos productos exclusivamente para el mercado.

ECONOMÍA CAMPESINA Y EFICIENCIA

El debate sobre la eficiencia de la economía campesina puede parecer esotérico, pero existen pocos conceptos económicos que tienen efectos tan directos sobre la política económica. La teoría del campesino «pobre pero eficiente» tiende a idealizar el minifundio, y ha sido utilizada para sustentar que el problema de la pobreza no proviene de la explotación, sino de la falta de recursos; que no existe ninguna razón para buscar cambios en la estructura agraria, es decir, de incentivar formas de cooperación en la producción (y menos formas colectivas de propiedad); para demostrar que es muy poco lo que se puede hacer en base al mejoramiento de los recursos existentes (hay que introducir nuevos recursos en la economía campesina); para defender el rol del mercado (de precios «libres») en la eficiente asignación de recursos; a veces, para orientar las políticas públicas hacia los agricultores más pudientes (que pueden aumentar su producción a un menor costo social) y, por último, para justificar los grandes proyectos de desarrollo rural, cuyo objetivo es llegar rápidamente a una modernización de la agricultura en zonas estratégicas.

Paralelamente, la teoría de la ineficiencia del campesinado justifica políticas voluntaristas y coercitivas, obliga a tomar en cuenta el problema de la estructura y de la organización agraria, plantea la necesidad de *imponer* reglas y controles y ha dado lugar a los diferentes modelos de agricultura socialistas, basados en la cooperación y/o concentración de recursos.

En el Perú, confundiendo lo cultural con lo económico, se podría pretender que los «campesinistas» creen en la eficiencia: para ellos, los campesinos toman las mejores decisiones posibles y, por lo tanto, hay que respetarlas y no inducir comportamientos «extraños» a la cultura campesina.

¿Qué significan la «eficiencia» y la «ineficiencia»? ¿Qué implican esos conceptos? ¿Cuáles son las consecuencias de política económica de la aceptación del uno o del otro?

En primer lugar, no se debe confundir las nociones de «racionalidad» y «eficiencia». Un individuo (o un grupo) es *racional* cuando confrontado con un conjunto de acciones alternativas las evalúa y prioriza de acuerdo a un objetivo. En términos económicos se dirá que la racionalidad implica estar en la frontera de un conjunto

de oportunidades, es decir, que no se elegirá una oportunidad que para un costo igual o mayor conlleve un nivel menor en el objetivo perseguido. Esto no implica que todos somos siempre racionales, pero la hipótesis de racionalidad está en la base de todos los modelos económicos, pues sin ella sería imposible predecir comportamientos. Hay poca duda de que los campesinos sean tan racionales como cualquiera de nosotros (es decir, que cada una de sus decisiones económicas obedece a un objetivo), lo que *no* implica una hipótesis sobre sus objetivos⁴⁰ y tampoco sobre su eficiencia, término que, en la teoría económica, tiene acepciones muy precisas⁴¹.

Quiero precisar acá estas acepciones, pues la noción de eficiencia constituye el núcleo de la famosa hipótesis de Schultz (1964): «el campesino es pobre pero eficiente» que tantos debates ha provocado. En el Perú, esta teoría ha sido popularizada por Figueroa (1981, a), guiando importantes trabajos de investigación y constituyendo la base de propuestas de acción, pero sin que el concepto de eficiencia haya sido definido (hasta donde yo sé) y, mucho menos, probado. En consecuencia, estamos ante un típico debate⁴², cuyos fundamentos teóricos y empíricos son particularmente confusos. Son pocos los economistas que pueden decir lo que significa la «eficiencia» de la economía campesina.

Notamos que los conceptos de eficiencia acá discutidos provienen todos del modelo neoclásico, que suponen un mundo estático, la maximización del ingreso, la competencia perfecta, etc. El

⁴⁰ Un objetivo de maximización del prestigio social puede conducir a comportamientos perfectamente racionales en función a este objetivo (por ejemplo, derrochar en una fiesta el excedente acumulado en un año), los que serían irracionales para un objetivo de maximización del ingreso.

⁴¹ Así el título provocador del libro de Kusum Nair (1979): «In defense of the irrational peasant» traduce esta confusión, pues lo que la autora está defendiendo es la posibilidad de que los campesinos sean ineficientes y no irracionales. La misma confusión aparece en Caballero (1983, pág. 301), quien luego de indicar que la economía campesina parece ser eficiente, da ejemplos que sólo muestran que es económicamente racional.

⁴² Debate que consiste en discutir la validez de la «vía campesina» (Figueroa, 1986) como propuesta de acción y alternativa (¿revolucionaria?) de desarrollo en el campo.

interés de presentar esos conceptos es que el modelo neoclásico fue precisamente el cuadro de análisis utilizado por Schultz y por otros autores (por ejemplo, Yotopoulos y Nugent, cap. 6, 1976), que han «demostrado» la eficiencia de la economía campesina.

Para empezar, hay que distinguir entre eficiencia *técnica*, eficiencia en la *asignación de recursos* y eficiencia *económica* -que es una combinación de los dos conceptos anteriores (Ghatak e Ingersent, 1984, pág. 123).

Un agricultor es *técnicamente eficiente* si está en una frontera de producción, es decir, si logra la producción *máxima* que puede ser obtenida utilizando diferentes combinaciones de insumos y *dado un cierto nivel de conocimiento tecnológico*. Así, habrá una frontera de producción para cada nivel de conocimiento o tecnología. Se supone también que los insumos son *sustituibles* y no complementarios; por lo tanto, que se pueden utilizar más de uno con menos del otro (trabajo y herbicidas, o trabajo y maquinaria). De otra manera (con insumos complementarios: trabajo y fertilizantes, o semillas mejoradas), agricultores técnicamente eficientes utilizarían todos la misma cantidad de insumos.

Un agricultor es *técnicamente ineficiente* si, conociendo la misma tecnología que el campesino eficiente, está «por debajo» de la frontera; o sea, si logra una producción menor. Finalmente, notarnos que una frontera de producción puede ser definida sólo en relación a *una* tecnología, y que habrá tantas fronteras como tecnologías existan; por lo tanto, es indispensable precisar la definición de una tecnología para aplicar concretamente el concepto de eficiencia técnica. Por ejemplo, si cada combinación de insumos, cada dotación de factores, cada conocimiento definen una tecnología diferente, entonces cada agricultor estará solo en un espacio y en su frontera de producción: cada agricultor será eficiente pues utiliza una tecnología diferente. En este caso, el concepto de eficiencia técnica se vuelve tautológico e inoperante, pues consiste en decir que todos los agricultores son diferentes y no pueden ser comparados. Por lo tanto, para utilizar el concepto, hay que admitir que los agricultores son comparables, es decir, que utilizan tecnologías suficientemente similares como para que se los pueda ubicar en un solo espacio (en relación con una sola frontera de producción).

La eficiencia en la asignación de recursos implica, sim-

plemente, que el ratio de las, cantidades utilizadas de los insumos sea igual al ratio de sus precios de mercado. Como este concepto implica que el agricultor esté en un punto de tangencia entre un isocosto y una isocuanta -mientras que la eficiencia técnica implicaba que esté en su frontera de producción-, un agricultor técnicamente eficiente *no es necesariamente eficiente en la asignación de sus recursos*, y viceversa, pues una isocuanta puede muy bien no ser la frontera de producción. Es sólo si logra ser eficiente en *ambos sentidos* (y únicamente en este caso) que será *económicamente* eficiente. La eficiencia en la asignación de los recursos no implica la eficiencia técnica y viceversa son, por lo tanto, nociones distintas.

El concepto de eficiencia en la asignación de recursos significa una adaptación inmediata de las proporciones de insumos usados a nuevos precios relativos. Si los precios relativos son comunes a todos los agricultores, entonces hay una sola combinación posible de insumos sustituibles que garantice la eficiencia económica (todos utilizan insumos en las mismas proporciones para producir la misma cantidad de producto).

Entonces, estos tres conceptos diferentes de eficiencia implican, todos, hipótesis bastante restrictivas. Es en este terreno que la teoría de Schultz ha sido constantemente atacada. Desde el punto de vista de la calidad peruana, creo que las principales críticas que pueden interesar a las investigaciones en economía campesina son las siguientes:

1) ¿Hasta qué punto los conceptos de eficiencia están ligados a la hipótesis de maximización del ingreso? Brevemente, la respuesta sería (Ghatak e Ingersent, 1984, pág. 135): si no se maximiza el ingreso (o ganancia), entonces la eficiencia económica es imposible y la eficiencia técnica poco probable; en tanto que la eficiencia en la asignación de recursos es posible si hay conocimiento perfecto de los valores de las productividades marginales de los insumos, así como de los precios.

2) Varios autores han mostrado que la hipótesis de maximización del ingreso era incompatible con la aversión al riesgo. Entonces, campesinos que tienen un comportamiento adverso al riesgo no maximizan su ingreso esperado y, por lo tanto, es muy poco probable que sean técnicamente eficientes. En otras palabras, cuando un individuo es adverso al riesgo y no puede comprar un seguro contra

éste, estará dispuesto a modificar su comportamiento a fin de reducir su exposición al riesgo. Estos sustitutos de seguros incluyen reservas, diversificación, niveles de insumos «subóptimales» inversiones en relaciones sociales e imágenes (Binswanger y Rosenzweig, 1986, pág. 508). Aún así, los individuos no asumen los riesgos que implicarían maximizar el ingreso.

3) Generalmente, algunos autores han subrayado que el hombre *no es naturalmente eficiente*, como todos lo sabemos muy bien por experiencia directa (Nair, 1979). Todas las sociedades tienen a la mano dos instrumentos para obligarnos a llegar a un cierto grado de eficiencia: imponer la competencia, o imponer reglamentos y normas. *Grosso modo*, el primero es elegido por las sociedades capitalistas (por lo menos a nivel de la teoría) y el segundo por las sociedades socialistas. Estos dos instrumentos son, entonces, el mercado que expulsa a los productores ineficientes y el Estado que castiga a los ineficientes con impuestos, multas, etc. La característica de los pequeños productores campesinos es justamente la de escapar a ambos instrumentos: su organización social y de producción les permite sufrir menos que otros las leyes del mercado, y el Estado (por lo menos en el Perú) no interviene en sus decisiones de producción, y menos en la combinación de insumos que utilizan. Entonces, ¿por qué suponer que con menos mercado y pocos reglamentos los campesinos serían «naturalmente» más eficientes que otros sectores de la sociedad?

4) La experiencia de campo (y las investigaciones sobre el tema) nos muestra rápidamente la gran diversidad que existe en la producción obtenida por campesinos utilizando insumos comparables y disponiendo de recursos similares. Esta diversidad es incompatible con la hipótesis de eficiencia, hasta tal punto que es el mejor argumento para probar empíricamente la ineficiencia neoclásica. Resulta, por lo tanto, inexplicable encontrar -en las caracterizaciones de la economía campesina- que los campesinos sean «eficientes» luego «aversos al riesgo», y luego «que la productividad de los factores difiere sustancialmente de un campesino a otro». Claramente hay que optar por la primera característica contra las dos otras, o al revés, pero no por las tres juntas. Salvo que se cambien las hipótesis del modelo (por ejemplo, admitiendo que el mundo estático no existe) o que se ofrezca una nueva definición de la eficiencia⁴³.

5) Finalmente, varios estudios empíricos han medido el «grado de eficiencia técnica»⁴⁴ de los campesinos, utilizando las mismas técnicas ofrecidas por el modelo neoclásico. Aquí unos ejemplos: En Tanzania, entre productores de algodón, el promedio de una muestra produce, sobre una hectárea, el 66 % de la producción de los agricultores más eficientes (citado en Ghatak e Ingersent, 1984, pág. 135).

En la India, un estudio hecho a 149 pequeños productores del Bengal muestra que, por unidad de superficie, el 59 % de los agricultores muestreados produce menos del 40 % de lo que producen los más eficientes (Rudra, 1982, pág. 275).

En el Perú; aunque utilizando técnicas menos sofisticadas que en los casos anteriores, un estudio entre agricultores de papa de tres regiones de la sierra, muestra que la producción bruta por hectárea del cuartil inferior de la región más pobre representa el 5% de aquélla del cuartil superior de la región más rica. Seguramente nos enfrentarnos acá a un caso de tecnologías diferentes, que por lo menos no pueden ser comparadas para hablar de eficiencia; pero el mismo estudio muestra que, *dentro* de cada región, el cuartil inferior produce, en promedio, entre un 20 y 35 % de la producción del cuartil más rico (Figueroa, 1987; Cotlear, 1986, pág. 173).

Es muy probable que la *ineficiencia* neoclásica de los campesinos sea una regla universal. Pero puede ser que los campesinos peruanos sean más “ineficientes” que otros, si el componente no agrícola de su economía es mayor. En efecto, y como se mencionó anteriormente, es muy común observar que otras actividades -y en particular las migraciones- tienen un efecto negativo sobre la actividad agrícola. Si describimos la economía campesina por un modelo de interdependencia general, habría que aplicar la noción de eficiencia al *conjunto del sistema* y no solamente a su parte agrícola. En otras palabras, las relaciones entre actividades puede muy bien

⁴³ La utilización del concepto de «eficiencia energética» está actualmente muy en boga en la agricultura y parece ofrecer resultados interesantes.

⁴⁴ Me refiero acá sólo al concepto de «eficiencia técnica», pues me parece que es el único relevante para economías campesinas parcialmente mercantiles, y porque creo que es a este concepto que se refieren los autores peruanos que defienden la eficiencia de la economía campesina.

conducir a la aparente ineficiencia de una de ellas: la ganadería, vista aisladamente, es ineficiente, pero su función puede ser contribuir más a la producción intermedia (para la agricultura) que al producto final; la agricultura será más ineficiente cuanto más dependa el campesino de ingresos por migraciones temporales, pero de esta manera él asegura el ingreso *global* de la familia.

En conclusión, quiero resumir los aportes y defectos de la teoría que supone que los campesinos son «pobres pero eficientes».

El principal mérito de la teoría es de apartarnos definitivamente de las apreciaciones subjetivas que consideran que los campesinos están encerrados en una cultura tradicional, guiados solamente por la costumbre, y que estas actitudes constituyen el principal freno al progreso de la agricultura⁴⁵. Schultz y sus seguidores han mostrado que en un mundo de escasos y pobres recursos, pero *estático* (es decir, donde los cambios son casi inexistentes), los agricultores *están obligados* a una cierta eficiencia en el uso de sus recursos, pues esta eficiencia es una condición de su sobre vivencia. Es posible, entonces, aplicar a la economía campesina la hipótesis de racionalidad económica. Luego, estos investigadores subrayan que el desarrollo de la agricultura tradicional depende de la cantidad y calidad de los recursos puestos a disposición de los campesinos, y que uno de los recursos más importantes es el conocimiento, que debe ser incrementado por la educación. Hasta acá el análisis es inobjetable. El cuestionamiento surge cuando la teoría es llevada a sus extremos, lo que conduce al descuido de otros factores.

El problema no es tanto saber hasta qué punto los campesinos están cerca o lejos de su frontera de producción (se ha demostrado, hasta la saciedad, que era absurdo suponer que todos los campesinos son técnicamente eficientes), sino de descubrir cómo puede desplazarse esta frontera y qué pasa cuando este desplazamiento ocurre. Para esto *necesitamos pasar de la estática a la dinámica* y estudiar la eficiencia (o ineficiencia) *dinámica* de los productores: ¿Qué tecnologías, incentivos e informaciones necesitan los campesinos? ¿La disponibilidad de una nueva y mejor tecnología

⁴⁵ Un aporte importante de la teoría de Schultz es de pasar de la imagen del campesinado como *obstáculo* a la modernización, a la del campesinado en tanto *medio* de modernización.

-o una mayor educación- provoca un aumento de la producción del *conjunto de los agricultores* y en qué condiciones? En otras palabras, no importa tanto el punto de partida (si los campesinos son o no eficientes desde el punto de vista estático), sino las condiciones del movimiento y su dirección. Dirección, por otro lado, significa saber si la modernización provoca un aumento de las desigualdades productivas, una concentración de los recursos y una mayor migración.

El otro grave defecto de la teoría de la eficiencia es considerar el problema sólo desde la óptica individual; es decir, de no abordarla cuestión de la *eficiencia social*. Este sesgo se explica por las mismas hipótesis neoclásicas utilizadas, las cuales suponen apriorísticamente que la eficiencia individual conduce a la eficiencia social⁴⁶ y que los rendimientos de escala son constantes. Así se obvian los problemas de la organización, del uso de los recursos colectivos y de la elección tecnológica, que son los tres principales aspectos que condicionan la eficiencia social en la agricultura. Para muchos economistas es cada vez más evidente que el desarrollo agrario en los países que conocen una fuerte presión sobre la tierra depende, vitalmente, de las formas de organización y de la capacidad de manejar bienes colectivos (Ishikawa, 1986). Hay que reconocer que la teoría de Schultz, en este punto, nos aporta poco o nada.

LÓGICAS DE FUNCIONAMIENTO Y POLÍTICAS ECONÓMICAS⁴⁷

Para los que creen que los campesinos son eficientes maximizadores, el problema principal de política económica consiste en

⁴⁶ En la misma teoría neoclásica, la maximización del beneficio individual lleva a la maximización del beneficio social sólo si hay:

- 1) Competencia perfecta en todos los mercados.
- 2) Pleno empleo.
- 3) Ninguna influencia externa en las decisiones privadas.
- 4) Una distribución del ingreso socialmente óptima (Ghatak e

Ingersent, 1984, pág. 335). Es inútil subrayar que el enfoque individual es insuficiente -aun dentro del modelo neoclásico- para tratar el problema de la eficiencia social en la agricultura.

⁴⁷ Aquí no haré mayores referencias a la teoría marxista, según la cual la economía campesina es una forma en transición hacia un proletariado o hacia una burguesía agraria. En ese cuadro teórico, la discusión sobre la

augmentar el excedente comercializado. Los medios serán: 1) incrementar la cantidad y calidad de los recursos puestos a disposición de los campesinos, y 2) establecer la libre competencia en los mercados de tierras, insumos, productos, mano de obra y créditos; pues sólo de esta manera se garantiza el «uso óptimo de los recursos», tanto privada como socialmente. Los instrumentos serán, de un lado, los grandes proyectos de desarrollo que tienden a modernizar rápidamente la agricultura y, de otro lado, los cambios institucionales y legales (abrogación de reglamentos, privatización, lucha contra los monopolios, etc.) que permitan una mayor fluidez en los mercados.

Fuera de este modelo, concebir la economía campesina como un sector de pequeños productores imbuidos de lógica capitalista y haciendo un uso eficiente de los pobres recursos disponibles, implica varias consecuencias.

En primer lugar se puede interpretar lo precedente como una ventaja de la pequeña ante la gran agricultura (cooperativas o granjas capitalistas). En este sentido, muchos autores han subrayado que el minifundio hacía un uso más intensivo de la mano de obra, lo que es socialmente más eficiente (más cerca de un óptimo social) en países donde la mano de obra es relativamente abundante frente a otros recursos. Así, el tamaño «óptimo» de una finca sería bastante pequeño, y lo que habría que hacer es generalizar el «modelo» de la economía campesina vía reformas o reestructuraciones agrarias. Además, si la mayor productividad de la tierra en el minifundio constituye una característica «inherente» a la agricultura campesina, entonces ésta puede ser una forma viable a largo plazo⁴⁸.

En segundo lugar, se puede interpretar la relativa «eficiencia» del minifundio como un simple reflejo de su dramática pobreza: campesinos luchando arduamente para lograr su sobrevivencia no tendrían otra alternativa que sacar el máximo provecho de los pocos recursos que poseen. Como normalmente nadie se fija la pobreza

política económica dirigida a este sector tiene un sentido muy distinto de aquél adoptado acá.

⁴⁸ Uno se olvida fácilmente que si bien la productividad de la tierra es relativamente alta en el minifundio, la productividad de la mano de obra es -en general- extremadamente baja. Es esta última la que condiciona el ingreso y explica la pobreza. Así, idealizar el minifundio eficiente equivale a proponer la pobreza como ideal.

como objetivo, habría que esperar la desaparición de la agricultura campesina, sea por su absorción por los sectores capitalistas, sea por su reestructuración en cooperativas. De todas maneras, la primera de estas vías significaría un considerable crecimiento de los sectores no campesinos de la economía.

Finalmente, la tesis de Schultz conduce a concluir que el problema de la pobreza campesina no está ni en la estructura agraria ni en los mecanismos de explotación, sino principalmente en una falta de disponibilidad de tecnologías que permitirían aumentar la producción. Por lo tanto, no serviría de mucho redistribuir recursos; hay que promover una «revolución tecnológica» en el campo para poner al alcance de los campesinos *nuevos* factores de producción, ya que es imposible mejorar la eficiencia de los factores existentes. Como esos programas son bastante caros (incluyen educación, transferencia de paquetes tecnológicos, obras de infraestructura y crédito masivo) están normalmente concentrados en reducidas zonas estratégicas y el costo por beneficiario es, en general, muy alto. Aquí encontramos dos posiciones opuestas en los seguidores de Schultz: una que insiste en que el Estado debe asumir esos proyectos y modernizar la agricultura campesina, y otra que estima que mejor sería dejar a su suerte a los eficientes pequeños campesinos, para concentrar las acciones del Estado en los agricultores que pueden responder con mayor rapidez a los programas de modernización⁴⁹. En el primer caso, los proyectos se ubicarían en las zonas de mayor pobreza, y en el segundo, en las regiones con mayor potencial productivo o desarrollo relativo.

Ahora, cuando se abandonan las hipótesis de racionalidad capitalista y de eficiencia, los problemas que plantea la política económica y sus posibles soluciones son bien distintos.

Notamos primero que, por lo menos en el Perú, hay un consenso casi generalizado de que el mejoramiento del nivel de vida

⁴⁹ La política agraria de la India, desde fines de la década de los 60 ofrece buenos ejemplos de aplicaciones de algunas recomendaciones de Schultz. Sin ir tan lejos, la realidad peruana también presenta fuertes contrastes entre costos y beneficios de proyectos en zonas deprimidas (sierra sur, por ejemplo) y en zonas de mayor desarrollo (ciertos proyectos de irrigación en la costa y de colonización en la selva).

de los campesinos requiere de políticas voluntaristas. La pobreza campesina no es *solamente* un problema de poder y de estructura agraria: no podemos sentarnos a esperar una revolución que cambiará la estructura económica del país, ni satisfacemos con esperar que desaparezcan las economías campesinas, o que éstas se integren a la agricultura capitalista o que subsistan pobres como están. Como dice Adolfo Figueroa: «hay que desarrollar directamente esas economías», lo que significa, entre otras cosas, aumentar la producción.

Partimos, entonces, de las hipótesis de que las economías campesinas no son eficientes en el sentido neoclásico, que tampoco se logra la eficiencia social y, finalmente, que los campesinos tienen una diversidad de objetivos y comportamientos dentro de los cuales es posible que encontremos, también, la maximización del ingreso, pues maximizan su utilidad bajo diversas restricciones. ¿Qué implican estas hipótesis desde el punto de vista de la política económica?

Si no hay un único objetivo posible, el primer reto que enfrentamos es el de adecuar las acciones a los objetivos. Por ejemplo, los tradicionales paquetes técnicos que aumentan significativamente el excedente comercializado durante unas pocas semanas al año pueden no mejorar mucho la alimentación campesina, que es más un problema de distribución alimenticia a lo largo del año que de disponibilidad promedio de calorías y proteínas⁵⁰. Así, maximizar la seguridad alimentaria implica un orden de prioridad diferente en las acciones (programas post-cosecha, de diversificación de la producción, etc.). De la misma manera, la investigación agronómica debería dirigirse más hacia los productos tradicionales de autoconsumo, si ésta es la variable más importante en la función de utilidad de los campesinos. Finalmente, es evidente que diferentes objetivos y priorizaciones imponen una gran flexibilidad a las acciones de desarrollo: mientras que en una región será necesario obtener ma-

⁵⁰ El PISCA hizo un estudio nutricional con una muy pequeña muestra en cuatro comunidades, estudio que medía *quincenalmente* la ración alimenticia diaria de cada familia de la muestra. El estudio cubrió 14 meses consecutivos y concluyó que en las quincenas de más «abundancia» alimenticia *el promedio de los individuos de la muestra* ingiere, por persona, más del *doble* de calorías que en las quincenas de menos disponibilidad de alimentos. Medidas en proteínas y calorías, las variaciones estacionales en la alimentación campesina son enormes.

yores rendimientos en la agricultura de subsistencia, en otra habrá que promover las actividades comerciales. Peor aún: diferentes objetivos y comportamientos se encuentran a menudo dentro de una misma comunidad, y la experiencia muestra que acciones de desarrollo afectan de manera muy diferente a los campesinos según su disponibilidad de recursos. En general, el mayor problema lo constituye la dificultad de proponer programas especialmente dirigidos hacia los más pobres, que son a menudo agricultores a tiempo parcial.

Las acciones de desarrollo están también condicionadas por los procesos de toma de decisión. Cuando las restricciones debidas a la necesidad de conseguir un ingreso mínimo o a la aversión al riesgo son fuertes, los cambios técnicos serán muy lentos y graduales (Gonzales y Kervyn, 1987). Si una posibilidad de cambio afecta la organización de la actividad productiva en su conjunto, las motivaciones (o esperanzas de beneficio) deben ser muy grandes para que el cambio se dé: una simple variación en los precios -o en un factor de producción- es normalmente insuficiente para provocar una nueva decisión.

Veamos ahora lo que implica la «ineficiencia» de los campesinos. Lo más evidente es que permite invertir las consecuencias de la tesis de Schultz: si los campesinos son técnicamente ineficientes (es decir, por lo general bastante lejos de la frontera de producción), entonces es posible aumentar significativamente el producto total sin mayor revolución tecnológica. Bastaría que en cada pueblo o comunidad el conjunto de los agricultores haga lo mismo que el más eficiente de ellos. En otras palabras, se podría mejorar mucho los *recursos existentes*, antes que introducir recursos nuevos⁵¹. Acá, el problema es determinar, primero, *por qué* existen tantas diferencias entre campesinos; si se deben a factores técnicos, de información o de educación es probable que no sea tan difícil superarlos, pero si se deben a factores como las motivaciones o las capacidades naturales, estas diferencias son bastante impermeables a las acciones de desa-

⁵¹ Varias experiencias de agrobiología practicadas en África y América Latina han demostrado poder duplicar rendimientos, sin mayores desembolsos financieros y con sólo pequeños aumentos en la utilización de trabajo (ver De Ravignan, 1987).

rollo. El estudio de, Figueroa y Cotlear (como todo buen estudio) no aporta una respuesta definitiva a esta pregunta y mi experiencia personal tendería a dar un peso bastante importante a las motivaciones y capacidades. En otras palabras, sería ilusorio pensar en una homogenización de los rendimientos; lo que hay que buscar, a nivel microrregional, es un aumento del promedio, más que una reducción de la varianza.

Una apertura del mercado de tierras tendría -más que probablemente- un efecto catastrófico sobre campesinos ineficientes. En un modelo neoclásico, un mercado libre de tierras garantiza una buena asignación de este recurso y aumenta, a plazo, la producción. Según nuestras hipótesis, el efecto sobre la distribución del ingreso y sobre el empleo sería dramático, pero sin ninguna garantía de aumento de la producción, pues los compradores no serán necesariamente más eficientes que los vendedores⁵². Recordemos que la ineficiencia implica que el campesino debe ser protegido contra las, leyes del mercado para seguir subsistiendo como tal; es muy probable que una mayor integración al mercado aumente el grado de eficiencia técnica de los campesinos, pero algunos mercados pueden tener efectos negativos que anulen el aumento de la producción.

La aversión al riesgo sugiere, igualmente, medidas de política económica, no sólo para proponer cambios tecnológicos que no aumenten el riesgo (Figueroa, 1987, pág. 151), sino también para mejorar los sistemas de seguros, es decir, que ejerzan un mayor *control* sobre los riesgos. La hipótesis es que si los campesinos pudieran controlar en mayor medida los riesgos naturales y de mercado estarían más dispuestos a ensayar innovaciones que, en muchos casos, aumentan estos riesgos. Uno de estos sistemas podría ser el seguro agrícola, que debería acompañar los programas de crédito a pequeños agricultores⁵³, Otra posibilidad serían los precios de garantía. Pero se debe pensar también en el mejoramiento de los meca-

⁵² Ver los ejemplos presentados por Fonseca (1986) sobre los efectos de la apertura del mercado de tierras en la provincia de Paucartambo (Cusco), bajo el segundo gobierno de Belaunde.

⁵³ Binswanger y Rosenzweig (1986) demuestran que un seguro *a la producción* es imposible sin un significativo subsidio por parte del Estado. Sin embargo, es teóricamente factible desarrollar sistemas, de seguro *a la*

nismos de seguros (o sus sustitutos) ya utilizados por los campesinos: aynis, reservas, cajas comunales, diversificación, etc. Hay aquí un mundo por explorar, cuando se entiende el rol que juegan la seguridad y los mecanismos de control del riesgo en el desarrollo agrario.

La otra conclusión importante que surge de la discusión sobre la eficiencia social es la necesidad de diseñar políticas destinadas a mejorar el uso de los recursos colectivos en la agricultura (maquinaria, agua, pastos, infraestructuras) y a incentivar la cooperación, a fin de aprovechar las economías de escala inherentes a estos recursos y actividades agrícolas (asistencia técnica, crédito, integración parcelaria, comercialización), economías que no pueden ser utilizadas en un sistema de minifundio individual. Estas políticas implican un apoyo a las organizaciones colectivas de los agricultores, pero no la colectivización de todo el proceso productivo o la imposición de modelos previamente establecidos de estructura agraria⁵⁴.

CONCLUSIONES

¿Cuál es, finalmente, la especificidad de la agricultura campesina en los Andes? ¿Cómo podemos construir modelos explicativos de una realidad tan heterogénea? ¿Qué paradigmas pueden ser útiles para esto? A modo de conclusión, quiero resaltar los elementos del texto que permiten intentar una respuesta a estas interrogantes⁵⁵

inversión financiada (la parte del costo de producción cubierta por un crédito) que no impliquen mayores subsidios, pero sí necesariamente sobretasas de interés u otros mecanismos de pago por el seguro contraído. (Ver, al respecto, la interesante experiencia desarrollada por el CEDEP AYLLU en comunidades de la zona de Pisac, Cusco.)

⁵⁴ Estoy consciente de que esta evocación de la necesidad de tomar en cuenta el problema de la organización y de la estructura agraria es insuficiente. Mi única disculpa para no explayarme más en este tema es la limitación de espacio.

⁵⁵ Estas fueron, en síntesis, las preguntas planteadas por Adolfo Figueroa en el Sepia II.

LA ESPECIFICIDAD ANDINA

Si los campesinos andinos son muy diferentes de sus homólogos de otras partes del mundo, las investigaciones en economía campesina deberían tener, en el Perú, un importante contenido propio. En este caso, es de lamentar la falta de teorías explicativas sobre nuestra realidad. Una eficiente asignación de recursos intelectuales implicaría priorizar investigaciones sobre los aspectos específicos del campesino andino. Los que consideramos como rasgos universales deberían, más bien, ser analizados utilizando los aportes de la literatura internacional.

A mi juicio, ninguna de las cuatro características descritas al inicio de este trabajo constituye un rasgo específico del campesinado andino o, aun, peruano.

La heterogeneidad varía en función de la complejidad geográfica, cultural e histórica, y también depende del nivel de desarrollo alcanzado. Significa una gran variedad de patrones de cultivos, tecnologías, relaciones de producción, formas de organización, acceso a recursos. Hay varios países en el mundo que son más complejos que el Perú y sus agriculturas son, por lo tanto, más heterogéneas. La diversidad de la realidad plantea un problema común a todas las ramas de la teoría económica y, como lo veremos, ha sido abordado muy diferentemente según la época y el enfoque teórico adoptado.

La diversificación de actividades es un rasgo inherente al campesinado en general. Según un historiador francés, «la omnipresencia y la permanencia de la pluriactividad campesina son conocidas. Observándose en todo tiempo y lugar que ésta funciona como una estructura económica y social duradera. De ninguna manera puede ser considerada como un accidente de la historia». (Rinaudo, 1987, pág. 283. Traducción del autor).

La interdependencia entre actividades es probablemente la característica menos analizada en la literatura internacional y el aporte más original de los economistas peruanos a la cuestión campesina. Sin embargo, es también un rasgo común a todos los sistemas agrícolas relativamente poco especializados. Su importancia depende también del nivel de desarrollo.

Finalmente, la aversión al riesgo es tan universal que aparece en todos los modelos modernos que pretenden explicar compor-

tamientos, organizaciones o relaciones de producción en la agricultura de países del Tercer Mundo. Es, de lejos, la característica resaltada más a menudo en la literatura. La aversión al riesgo puede variar considerablemente de un individuo a otro, pero, en general, depende del nivel de bienestar.

El hecho que estas características no sean específicas de la agricultura andina no implica que sean triviales. Su universalidad significa que vale la pena estudiar cómo otros han tratado cada uno de estos rasgos.

La especificidad no está en el nivel microeconómico sino en lo macroeconómico e histórico. Señalaré cuatro características de la agricultura andina que me parecen fundamentales, pues implican que el análisis de la realidad peruana se aparta, de alguna manera, de lo que se suele hacer en otros lugares. Indicaré, muy brevemente, cómo, a mi juicio, debería realizarse este análisis.

1. *La marginación de la agricultura andina.* Me parece una hipótesis central, pues tiende a ligar el estancamiento rural a la falta de incentivos internos o externos, más que a las «trampas de crecimiento» descritas en los modelos de desarrollo más conocidos. Como lo he señalado, salir de este círculo vicioso particular implica un cambio radical en el patrón de desarrollo nacional, y claras opciones de políticas de largo plazo: para progresar, la agricultura andina debe hacerse necesaria al desarrollo nacional. De seguirla tendencia actual, es probable que regiones enteras de este país se vuelvan aún más obsoletas. El paliativo a menudo recomendado es el de acentuar las políticas de «necesidades básicas»⁵⁶, que si bien pueden aliviar la pobreza a corto plazo, difícilmente provocan el desarrollo.

Sin embargo, es bueno recordar que hace mucho tiempo los economistas se dieron cuenta de que el desarrollo desigual se da tanto entre regiones como entre países o continentes. A nivel peruano hay una evidente necesidad de investigaciones en historia económica:

⁵⁶ El objetivo de estas estrategias es alcanzar un nivel mínimo de consumo per cápita: programas de empleo (PAIT rural en el Perú), de distribución de alimentos, de acceso a ciertos servicios básicos. A menudo estos programas reflejan la incapacidad de los gobiernos (y de los intelectuales) de atacar las *causas* del subdesarrollo rural.

¿Qué papel jugó la agricultura andina a lo largo de la historia? ¿Cómo y por qué la funcionalidad se transformó en marginación? ¿Cuáles son las características de esta última? Si la marginación es la principal causa de la pobreza rural en los Andes, es necesario entender este proceso si queremos superar el estancamiento de la agricultura andina.

2. Los campesinos andinos están organizados en comunidades.

En grupos territoriales, cuyos miembros son mutuamente interdependientes, por la obligación de explotar ciertos recursos en común, a fin de maximizar el bienestar colectivo. Además, en los Andes (a diferencia de muchas comunidades asiáticas y africanas), las comunidades campesinas se basan sobre un principio igualitario y no jerárquico. Si bien estas instituciones han sido muy estudiadas por antropólogos, su existencia y diversidad son poco explicadas en términos económicos⁵⁷; aun más, se les ha negado un rol significativo en el proceso de desarrollo, pues según algunos, las relaciones y restricciones comunales constituirían un freno a la innovación tecnológica.

Así, en oposición al movimiento indigenista y a un cierto romanticismo agrarista, es frecuente cuestionar, a nombre del realismo, la existencia misma de las comunidades que, en el mejor de los casos, estarían en vías de desaparición. Curiosamente, este pesimismo en el Perú coincide con un florecimiento, a nivel internacional, de una literatura económica que tiende a dar una importancia decisiva a las relaciones comunales en el desarrollo agrario. Deberíamos, entonces, tomar en cuenta las comunidades andinas, no como un vestigio de un pasado condenado a desaparecer frente a la agresión del mercado, sino como una forma de organización indispensable para el progreso económico, obligada a adaptarse a nuevas necesidades; es probable que parte del desarrollo agrario actual y futuro

⁵⁷ Las explicaciones económicas de la existencia de las comunidades enfocan las necesidades de aprovechar economías de escala, de ocupar la mano de obra en situaciones de subempleo estructural, de defenderse contra ciertos sistemas de explotación y de suplir el subdesarrollo de los mercados de seguros, créditos, insumos y factores (Ver, por ejemplo, Ishikawa, 1975).

de la sierra dependa de cómo las *comunidades* (y no solamente los individuos) logren responder a cambios exógenos. En este sentido, sería importante profundizar nuestros conocimientos sobre la relación entre cambio institucional y cambios demográficos, cambios técnicos y cambios en los mercados. Esto implicaría pasar del estudio de las economías campesinas al de las economías comunales, y admitir, por lo tanto, que la organización de la producción debe ser parte fundamental de la política agraria en un país como el Perú.

3. *Factores culturales e históricos modelan el desarrollo agrario de cada país.* Es indudable que la reforma agraria de 1969 marcó un hito en la historia peruana, pero no ha quedado clara la relación entre estructura agraria y producción, y entre esta última y las políticas agrarias (precios, crédito y tecnología, principalmente). En teoría, la década de los setentas -con la casi desaparición de una clase terrateniente y el posterior proceso de reestructuración de las cooperativas- sentó la posibilidad de un desarrollo más «campesino» (en oposición a una modernización basada en una rápida concentración de recursos), pero esta posibilidad parece estar concretándose poco. En otras palabras, ¿hasta qué punto la performance decepcionante de la agricultura peruana -y la andina en particular- depende de la estructura agraria y de las políticas de corto-mediano plazo? Otra manera de plantear la pregunta es ver qué efectos tienen las políticas agrarias sobre la producción. Para abordar la cuestión de la estructura agraria⁵⁸ es necesario evitar dos defectos bien conocidos de los estudios sobre reforma y estructura agraria en el Perú: de un lado, la

⁵⁸ Hay, creo una cierta reticencia de los investigadores peruanos a reabrir el debate sobre la estructura agraria. Fácilmente se considera que la reforma ha liquidado el latifundio, que el problema del minifundio es insoluble y que la actual reestructuración es fundamentalmente una respuesta a la «inevitable» ineficiencia de las cooperativas. Solamente quiero remarcar acá que la pobreza del minifundio es tanto más insoluble cuando rehusarnos entrar en la cuestión de la organización de la producción, que no existe ninguna ley natural o económica que condene las cooperativas a la ineficiencia y que una reforma agraria no soluciona el problema distributivo a largo plazo, mientras no establezca mecanismos para imposibilitar una posterior reconcentración de los recursos. Sobre estos temas hay un amplio campo abierto al análisis y a la acción.

“fracasomanía», que no otorga ninguna virtud a la reforma del 69, y, de otro, la utilización de un modelo teórico que sólo conduce a un impase, pues se basa en la naturaleza «necesariamente contradictoria» de las formas de cooperación en la producción⁵⁹.

4. *Los factores geográficos introducen una especificidad evidente*⁶⁰. Tienen por lo menos una ventaja: la de obligar, en los Andes, al uso de tecnologías relativamente intensivas en trabajo. Esta realidad, aunada a la ausencia de una clase terrateniente significativa y al mantenimiento de la organización comunal explica la casi inexistencia de una clase de campesinos sin tierras, tan importante en otros países.

Por lo demás, ya se ha subrayado la relación entre la geografía, los sistemas de cultivos y las relaciones de producción, aunque haya que tener muy presente que los factores físicos nunca determinan absolutamente, ni la forma de explotar los recursos, ni las relaciones sociales.

En conclusión, no creo que haya que buscar, para el campesinado andino, nuevos modelos teóricos de comportamiento individual, pues su racionalidad sería muy similar a la de los campesinos de otras regiones del mundo⁶¹. Sin embargo, un conjunto de

⁵⁹ Habría mucho que decir sobre este modelo, que tiene la virtud de llamar la atención sobre una dificultad muy real -y evidente- del cooperativismo y el defecto de pasar totalmente por alto la esencia del siguiente problema: la *necesidad* de encontrar formas de cooperación que permitan cumplir las cuatro funciones señaladas en la nota 57. Luego, llama la atención que las cooperativas hayan recibido ataques tanto de la derecha como de la izquierda. Si esto no es suficiente para afirmar la validez de este tipo de institución, deja sospechar, sin embargo, que estamos frente a un debate y a un análisis particularmente cargado de ideologías.

⁶⁰ No incluyo aquí el control vertical de los recursos, que ha sido un principio *político* fundamental en la época prehispanica, pero que es actualmente muy poco significativo, tanto para controlar recursos humanos como materiales. No constituye en riada una especificidad de la agricultura andina *actual*, primero, porque existe sólo marginalmente y, segundo, porque su aplicación material se encontraba en todos los sistemas agrícolas de montaña.

⁶¹ Creo que podemos aceptar esta hipótesis mientras no se demuestre que el campesino andino tiene un comportamiento particular, que no puede ser descrito por ninguno de los modelos comúnmente utilizados.

factores históricos, organizativos y geográficos nos obligan a admitir que, a nivel macroeconómico, el campesinado andino sí representa un caso específico. Son estos aspectos los que merecen ser profundizados, tanto para orientar la política económica como para aportar al debate internacional sobre la función y el porvenir del campesinado en los países del Tercer Mundo.

LA HETEROGENEIDAD

Analizar una realidad heterogénea para desembocar en recomendaciones de política económica plantea un reto particular. Si nos quedamos en un nivel muy agregado ganamos en sencillez y coherencia, pero perdemos en realismo y corremos el riesgo de proponer soluciones inadecuadas a situaciones particulares. Si, por otro lado, pretendemos que cada región o tipo de campesino merece un tratamiento distinto enriquecemos el análisis, pero difícilmente podremos recomendar políticas coherentes que requieren, necesariamente, de un cierto grado de unificación⁶².

Para tratar este problema es necesario señalar los siguientes puntos: 1) la construcción de modelos teóricos, 2) el estudio dinámico y 3) la acción.

1. Los modelos teóricos

En economía, las grandes innovaciones teóricas consisten a menudo en modelos muy agregados, basados sobre unas cuantas hipótesis sencillas. El desarrollo posterior de la ciencia hace más complejos estos modelos, adecuándolos a diferentes realidades. Las teorías sobre la economía campesina han seguido una evolución similar, y en la actualidad está generalmente admitido que los modelos deben partir de una tipología de campesinos e introducir específicamente factores ambientales, tanto socioeconómicos como físicos.

⁶² El problema con los modelos demasiado particulares o restrictivos es que sus resultados y conclusiones de política económica dependen estrictamente, de las hipótesis planteadas.

Las tipologías posibles varían enormemente en función del grado de complejidad deseado y de los objetivos perseguidos. En este caso enfrentamos, de nuevo, el dilema entre la necesidad de agregación y aquella de realismo. Tipologías simples son instrumentos de análisis más poderosos. Cuando lo que interesa es construir modelos de comportamientos para políticas económicas, se suele enfocar el análisis sobre la facción más pobre del campesinado, definido por *familias de subsistencia* (es decir, cuya producción agropecuaria se destina principalmente al consumo propio, cuyos ingresos y consumo están cerca del mínimo de sobre vivencia y que enfrentan incertidumbres en cuanto a su misma subsistencia. (Ishikawa, 1975, pág. 456). Las otras clases o grupos de campesinos pueden ser separados en una o varias categorías más.

Los factores ambientales socioeconómicos más importantes son las relaciones de producción (campesinos sin tierra, obreros, feudatarios o aparceros; comuneros; parcelarios, etc.) y el grado de desarrollo de los diferentes mercados. La importancia de este último factor proviene de que los comportamientos campesinos varían en función del desarrollo relativo de los mercados, pues deben, a la vez, integrarse a éstos y suplir sus deficiencias⁶³.

Finalmente, los factores físicos, en tanto que condicionan sistemas de producción, determinan también comportamientos.

Típicamente, los modelos más interesantes definen un objetivo muy general (la maximización de la utilidad o bienestar⁶⁴, parten de una tipología (por ejemplo, para ocuparse del campesino de subsistencia) y definen el contexto en el cual se aplican (parámetros ambientales, socioeconómicos y físicos). La evolución actual de las teorías sobre la economía campesina lleva -abandonando, la idea de la validez de un solo modelo universal, basado sobre un campesino

⁶³ Por ejemplo, la ausencia de un mercado de seguros induce a establecer sistemas o instituciones destinadas a controlar los riesgos; situaciones de monopolio, monopsonio o fuertes desigualdades pueden inducir, por su parte, a mecanismos de defensa, contra posibles procesos de concentración o explotación.

⁶⁴ La idea, acá, es basarse en hipótesis de comportamiento *lo menos restrictivas posibles*. Uno de los mejores ejemplos recientes de este tipo de hipótesis -en un modelo neoclásico- está dado por Boinswanger y Rosenzweig (1986).

representativo- a admitir que los hombres buscan aumentar su bienestar (es decir, que es legítimo partir de un objetivo de maximización), y a tomar en cuenta que los campesinos viven en contextos muy diferentes, definidos por las relaciones de producción y factores ambientales. Esta conclusión implica que, efectivamente, el análisis debe ser bastante desagregado. Sin embargo, no tiene por qué llevarnos a una complejidad excesiva si nos cuidamos de partir de modelos más generales antes de abordar los casos excepcionales, y si limitamos las categorías definidas por las relaciones de producción y factores ambientales⁶⁵. Después de todo, estos parámetros pueden ser definidos a nivel de un país, de una región o de una comunidad en función de lo que es *dominante* en el territorio cubierto por el análisis.

2. *La dinámica*

Es casi inevitable que el análisis estático revele una imagen confusa (por su complejidad) de una realidad heterogénea. La «unidad en la diversidad» debe buscarse en la dinámica, es decir, en el cambio.

Sin correr mucho riesgo de equivocarnos, podemos suponer que los campesinos de la sierra experimentan los siguientes cambios, comunes a la gran mayoría de ellos:

1. Los mercados de productos y factores «dominan» de manera creciente las economías campesinas, lo que implica que la política y la coyuntura económica las afectan cada vez más.
2. La presión sobre los recursos aumenta.
3. El cambio técnico es lento pero continuo.
4. Los sistemas de organización de los campesinos se transforman.

Una dinámica común no implica necesariamente un proceso de homogenización. Vemos que los «puntos de partida» son bien

⁶⁵ Por ejemplo, si queremos analizar el campesinado de la sierra en general, no nos serán muy útiles los modelos de aparcería o aquellos que suponen un mercado libre de la tierra, pero puede ser necesario introducir el grado de desarrollo de los mercados de Productos e insumos, así como los sistemas organizativos, como variables (y no parámetros) en el modelo.

diversos, pero que existen factores dinámicos compartidos por todos. Ahora bien, estos factores pueden provocar también *respuestas* diversas, de tal suerte que el «punto de llegada» sería todavía más heterogéneo que el de partida. Por ejemplo, el crecimiento demográfico provoca, en unos casos, el mejoramiento de los recursos (intensificación «adecuada» de la agricultura), pero, en otros, su depredación y un proceso posterior de emigración o empobrecimiento absoluto. La transformación de las organizaciones significa, a veces, la modernización de la institución comunal y, otras, su desintegración.

La importancia del análisis dinámico proviene justamente de que intenta explicar por qué las respuestas a cambios comunes son, en unos casos, similares, y, en otros, muy diferentes: es el cambio exógeno lo que constituye la «unidad en la diversidad», más que las respuestas campesinas o sus patrones de evolución.

3. *La acción*

¿Cómo adecuar la política económica a la diversidad de la realidad, si no podemos tener, como lo dice Adolfo Figueroa, “50 instrumentos para 50 objetivos»?

Para contestar esta pregunta conviene separar el plano nacional o macroeconómico, del plano local o microrregional. Toda la discusión anterior sobre la heterogeneidad del campesinado andino apunta a mostrar que, a nivel local, necesitamos una gran flexibilidad en las acciones de desarrollo; en otras palabras, la planificación y las responsabilidades deben ser claramente repartidas. Al plano nacional corresponden las grandes orientaciones de política económica, que se convierten en parámetros para las acciones microrregionales. Estos parámetros son las opciones fundamentales de desarrollo agrario: política de «realismo en los precios» o subsidios; grandes proyectos de irrigación o pequeñas obras con participación de la población; política de atomización del campesinado o de organización de éste; política de importaciones para abastecer los mercados urbanos o para incentivar la producción nacional; producción de tecnologías intensivas en mano de obra o importación de tecnologías intensivas en capital; priorización de las regiones más pobres o de aquellas con mayor potencial productivo; etc. Si la elección en esta serie de

alternativas (y de otras) es ejecutada coherentemente, no es difícil precisar, en consecuencia, el espacio abierto a la necesaria diversidad de las políticas locales: modalidades de crédito, tipos de organizaciones agrarias, contenido de los paquetes tecnológicos, producción de insumos, priorización de infraestructuras, etc. Además, a este nivel, la población debe participar en el proceso de planificación, lo que introduce una flexibilidad obligatoria dentro de los parámetros definidos por las opciones de política nacional.

LOS PARADIGMAS

A lo largo de este ensayo he atacado varios paradigmas y defendido otros. Como el aparente eclecticismo⁶⁶ de estas posiciones puede prestarlas a confusión, quiero resumir a continuación los que considero, a nivel teórico, algunos de los «mitos y realidades» más importantes para la interpretación del mundo rural andino. Mi insistencia en las teorías no proviene sólo de que son poderosas guías para la acción (aunque a veces no son más que simples justificativos de determinadas ideologías), sino que aseguran la coherencia del análisis. Los estudios orientados hacia la acción raras veces brillan por su coherencia (Hirschman, 1981, pág. 13), por lo que resulta usual que el empirismo adolezca de ciertas contradicciones.

Un primer paradigma consiste en suponer que el campesinado sólo busca la «reproducción simple» es decir, que su comportamiento es enteramente determinado por las costumbres. Este argumento es utilizado a menudo para explicar el supuesto inmovilismo de las economías campesinas, su perennidad y su «resistencia» a la penetración capitalista⁶⁷.

⁶⁶ No hay duda de que el eclecticismo es el defecto principal de este artículo. En mi defensa repetiré solamente las palabras de Hirschman (1981, pág. 134): «Prefiero ser ecléctico que reduccionista y es difícil decir dónde encontrar el equilibrio de oro entre estos dos supuestos vicios».

⁶⁷ En la práctica, este supuesto es usado también para justificar el fracaso de acciones de desarrollo mal diseñado y legitimar así sistemas de dominación y explotación pues, en este contexto, la modernización del agro sería imposible si no es *impuesta* al campesinado.

Es posible encontrar todavía realidades que corresponden a este concepto, pero están en vías de desaparición, bajo la acción conjunta del desarrollo de los medios de transportes y comunicaciones, de la monetarización de las relaciones económicas y del cambio técnico. En los Andes, como en otros lugares, este concepto es ya obsoleto y debe ser reemplazado por las nociones de maximización y racionalidad. He demostrado que la maximización de la utilidad o bienestar *no implica necesariamente* la del ingreso neto, que permite tomar en cuenta prácticamente cualquier restricción (y en particular la aversión al riesgo), y que es la base de los modelos más generales de comportamiento que constituyen el avance más notorio de la economía campesina en el transcurso de esta década.

Los paradigmas a los que he dedicado mayor atención en este estudio son los de la eficiencia e ineficiencia del campesinado. Enunciadas esquemáticamente, las dos posiciones en debate son las siguientes:

Campesino pobre pero eficiente

Hipótesis:

- No hay subutilización de recursos en las economías campesinas.
- Estas economías son estáticas, pero los campesinos son buenos neoclásicos buscando una ganancia máxima.
- Los rendimientos de escala son constantes.

Resultados:

- Los campesinos son eficientes, es decir, logran la mayor producción posible con los pobres recursos que tienen.
- El problema de la pobreza no está, entonces, en la organización de la agricultura (estructura agraria) o en la explotación, sino en la falta de recursos.
- Hay que introducir recursos *nuevos*, principalmente insumos y educación.
- Los mecanismos de mercado (libres precios y competencia) son importantes para asegurar una buena asignación de recursos.
- El minifundio es idealizado como modelo económico para la agricultura.

*Campesino pobre porque ineficiente*⁶⁸

Hipótesis:

- Hay una subutilización de recursos (mano de obra, principalmente) en la agricultura campesina.
- Existen siempre economías de escala, por lo menos *externas* (economías en la obtención de insumos y en la comercialización de productos).
- La economía campesina es dinámica y no estática.

Resultados:

- Los campesinos no sólo son individualmente ineficientes (lejos de su frontera de producción), sino que también lo son *socialmente*.
- El problema de la organización de la producción es, por lo tanto, fundamental: hay que aprovechar las economías de escala (internas y externas) para llegar a una mayor eficiencia social. El minifundio individual (la economía parcelaria) no es un ideal económico, y tampoco, puede serlo social y políticamente.
- «Vale la pena», también, buscar aumentos de producción, teniendo como base los recursos *existentes* (tecnologías «apropiadas»).
- La política agraria debe ser voluntarista -a veces coercitiva-, pero el problema fundamental de los modelos de cooperación radica en los *incentivos*⁶⁹.

Vemos que las principales diferencias entre estos dos paradigmas conciernen a los rendimientos de escala y a la utilización de la mano de obra. La opción por uno u otro debería depender de la verificación empírica de las hipótesis, y es en este terreno que se ha dado la mayor parte del debate. Para el caso del Perú he explicado (pero sin suficientes pruebas concretas) el por qué la teoría del

⁶⁸ ¡Nadie postula que la pobreza rural se deba exclusivamente a la ineficiencia! Caracterizo así este paradigma, para contrastarlo con la posición anterior, subrayando con ello la importancia del problema de la ineficiencia para la política económica.

⁶⁹ La literatura reciente sobre la agricultura colectiva enfatiza mucho este aspecto. (Ver, por ejemplo. Putterman 1983 y 1985).

campesino «pobre pero eficiente» me parecía empíricamente falsa y políticamente peligrosa. Quiero solamente recalcar que, como economistas, deberíamos sospechar, *a priori*, las teorías que aun presentando un alto grado de coherencia contradicen, a la vez, el sentido común y nuestra experiencia de campo⁷⁰.

El último paradigma que mencionaré es el que afirma que el desarrollo del capitalismo en el campo conduce a la polarización. Esta teoría está implícita detrás de las propuestas que anteponen un «desarrollo capitalista» a un «desarrollo campesino», en tanto enfocan la prioridad de lo segundo sobre, lo primero, a fin de evitar dicha polarización. La contradicción es correcta sólo en que las políticas de «desarrollo capitalista» son muy diferentes de las de «desarrollo campesino»⁷¹. Mi argumentación consiste, más bien, en mostrar que las segundas constituyen una *opción necesaria pero no suficiente*, pues *ambas* propuestas conducen a desarrollar la *agricultura familiar*, que constituye el modelo universal ligado a la extensión del capitalismo. En otras palabras, la expansión del mercado provoca normalmente una concentración de los recursos, pero desemboca en la polarización sólo en casos muy particulares. El «desarrollo campesino» tiene la tremenda ventaja (potencial) de acelerar la modernización de la economía campesina y, eventualmente, reducir disparidades interregionales; pero conduce, igualmente, a la concentración (puede inclusive acelerarla) si no va acompañado por medidas destinadas a asegurar un acceso equitativo a los recursos.

La evolución de los estudios peruanos sobre economía campesina es fascinante, y existen probablemente pocos ejemplos más de investigaciones que ofrezcan, beneficios sociales tan altos. Sin embargo, su pragmatismo no nos puede hacer olvidar la importancia de la dinámica y de las teorías, no solamente para mejorar el grado de

⁷⁰ Es por esta razón que se necesitan a veces estudios muy sofisticados para demostrar lo que la experiencia y el sentido común han establecido hace tiempo.

⁷¹ Las primeras ven en el libre desarrollo del mercado el principal (si no exclusivo) agente del progreso en el campo mientras que las segundas enfocan las medidas que llegan *directamente* al campesinado controlando, si es necesario, los «efectos perversos» del mercado.

fiabilidad de nuestras especulaciones sino, sobre todo, el grado de realismo y de coherencia de nuestras propuestas de política económica. Luego, las investigaciones de otros países son importantes: pensar es comparar y mientras más amplio sea el abanico de comparación, más rico será el pensamiento.

BIBLIOGRAFIA

- BINSWANGER, Hans P. y ROSENZWEIG, Mark R.
1986 Behavioural and material determinants of production relations in agriculture. *The Journal of Development Studies*, Vol. 22, No. 3, april.
- BLISS, C.J. y STERN N.H.
1982 *Palanpur: the economy of an indian village*. Clarendon Press (Oxford University Press), UK.
- BLUM, Volkmar y FRIEBEN, Ellen
1984 *El destino de la producción entre campesinos del Cusco*. Cusco (mimeo).
- BOSERUP, Ester
1970 *Evolution agraire et pression démographique*. Nouvelle Bibliothèque Scientifique Flammarion, Paris.
1984 *Población y cambio tecnológico*. Editorial Crítica, Barcelona.
- BRAY, Francesca
1983 Patterns of evolution in rice growing societies. *Journal of Peasant Studies*, Vol. 2, No. 1, October.
- CABALLERO, José María
1983 Agricultura peruana: economía política y campesinado. Balance de la investigación reciente y patrón de evolución. En Javier Iguíñiz: *La cuestión rural en el Perú*. págs. 261-332.

- COTLEAR, Daniel
 1986 *Technological and institutional change among the peruvian peasantry: a comparison of three regions at different levels of agricultural development*. Ph.D. Thesis, University of Oxford.
- CRUMMETT, María de los Angeles
 1985 Rural class structure in Mexico: new developments, new perspectives. *Working Paper* No. 41, Kellogg Institute, University of Notre Dame, IN, USA.
- CHAYANOV, A.V.
 1924 On the theory of non-capitalist economic systems and Peasant farm organization. In Thorner, Kerblay and Smith (eds.): *The theory of peasant economy*. The American Economic Association and Richard Irwin, USA (1966 printing).
 También publicado en español bajo el título: *La organización de la unidad económica campesina*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.
- CHEVALIER, Jacques
 1983 There is nothing simple about simple commodity production. *Journal of Peasant Studies*, vol. 10, No.4.
- DEERE, Carmen Diana
 1984 Agrarian reform and the peasantry in the transition to socialism in the Third World. *Working Paper* No. 31, Kellogg Institute, University of Notre Dame, IN, USA.
- DEERE, Carmen Diana y De JANVRY, Alain
 1979 A conceptual framework for the analysis of peasants. *American Journal of Agricultural Economics*, vol. 61, No. 4, págs. 601-611.
- DE JANVRY, Alain
 1981 *The agrarian question and reformism in Latin America*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London.
- DE RAVIGNAN, François
 1987 Les mythes de l'autosuffisance alimentaire. *Le Monde Diplomatique*, París, juin.

EQUIPLAN

- 1979 *Plan de desarrollo de la microrregión de Antapampa*. Convenio CENCIRA-HOLANDA, Cusco (mimeo).

FIGUEROA, Adolfo

- 1981 *La economía campesina en la sierra del Perú*. PUC, Fondo Editorial, Lima.
- 1986 Acumulación, control de excedentes y desarrollo en la Sierra del Perú. En UNA «La Molina» y CERA «Bartolomé de las Casas»: *Estrategias para el desarrollo de la Sierra*. Cusco, págs. 343-353.
- 1987 *Productividad y educación en la agricultura campesina de América Latina*. Programa ECIEL, Río de Janeiro.

FIRTH, R.

- 1967 *Themes in economic anthropology*. Tavistock Publications, London.

FISK, E. K.

- 1975 The response of non monetary production units to contact with the exchange economy. In Reynolds (ed.): *Agriculture in development theory*. Chap. 3, pp. 53-83.

FONSECA MARTEL, César

- 1986 *De la hacienda a la comunidad: el impacto de la Reforma Agraria en la provincia de Paucartambo, Cusco*. Compilación y edición Enrique Mayer (mimeo).

GHATAK, Subrata e INGERSENT, Ken

- 1984 *Agriculture and economic development*. Harvester Press, Brighton, UK.

GODELIER, Maurice

- 1974 *Un domaine contesté: l'anthropologie économique*. Mouton et Cie, París et La Haye.

GOMEZ, Vilma

- 1986 Economía campesina: balance y perspectivas. En SEPIA I: *Perú: el problema agrario en debate*. págs. 21-52.

GONZALES DE OLARTE, Efraín

- 1984 *Economía de la comunidad campesina*. IEP, Lima.

- GONZALES DE OLARTE, Efraín y KERVYN, Bruno
 1987 *La lenta modernización. Cambio técnico en comunidades campesinas.* En Gonzales et al: *La lenta modernización de la economía campesina* (1987) págs. 77-178.
- GONZALES DE OLARTE, Efraín; HOPKINS, Raúl; KERVYN, Bruno; ALVARADO, Javier y BARRANTES, Roxana
 1987 *La lenta modernización de la economía campesina.* IEP, Lima.
- HEYNIG, Klaus
 1982 Principales enfoques sobre la economía campesina. *Revista de la CEPAL*, No. 16, Santiago de Chile.
- HIRSCHMAN, Albert O.
 1981 *Essays in trespassing. Economics to politics and beyond.* Cambridge University Press, Cambridge, London, New York.
- HOPKINS, Raúl
 1981 *Desarrollo desigual y crisis en la agricultura peruana.* IEP, Lima.
 1984 *Orientación y perspectivas de la investigación agraria en el Perú: algunas reflexiones iniciales.* IEP, Lima.
- HOPKINS, Raúl y BARRANTES, Roxana
 1987 El desafío de la diversidad, hacia una tipología de comunidades campesinas. En Gonzales et al: *La lenta modernización de la economía campesina* (1987), pág.17-76.
- IGUIÑIZ, Javier
 1983 *La cuestión rural en el Perú.* PUC, Fondo Editorial, Lima.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (INE)
 1986 *Encuesta Nacional de Hogares Rurales (ENahr).* Lima.
- ISHIKAWA, Shigeru
 1975 Peasant families and the agrarian community in the process of economic development. En Reynolds, Lloyd: *Agriculture in development theory.* (1976), pp. 451-496.
 1986 *Problems of «late industrialization» in asian perspective.* International Economic Association Eighth World Congress, New Delhi, December 5.

- KERVYN, Bruno
 1984 *Le dualisme fonctionnel dans l'agriculture péruvienne*. Université de Namur (mimeo).
 1986 Investigación en economía campesina y desarrollo. *RURALTER* No. 1, CICDA, Lima.
- KERVYN, Bruno; TAPIA, Mario y ALFARO, Alcides
 1982 *Diagnóstico de ocho comunidades altoandinas del Perú: Cusco, Puno, Ayacucho*. Proyecto de Investigación de los Sistemas de Cultivos Andinos (PISCA), Cusco (mimeo).
- LEHMANN, David
 1982 *Ecology and exchange in the Andes*. Cambridge University Press, Cambridge, UK.
- LENIN, V.I.
 1967 *The development of capitalism in Russia*. Progress Publishers, Moscow.
- LIPTON, Michael
 1968 The theory of the optimising peasant. *The Journal of Development Studies*, Vol. 4, No. 3, pp. 327-351.
- LONG, Norman
 1984 *Family and work in rural societies. Perspective on non-wage labour*. Cambridge University Press, Cambridge, UK.
- MALETTA, Héctor
 1979 Campesinado, precio y salario. *Apuntes*, año V, No.9, págs. 53-86. Lima.
- MAO TSE-TUNG
 1967 *Selected works. Volume I* Foreign Language Press, Peking.
- MEILLASSOUX, Claude
 1973 The social organization of the peasantry. *Journal of Peasant Studies*. Vol. 1, No. 1.
- NAIR, Kusum
 1979 *In defense of the irrational peasant. Indian agriculture after the Green Revolution*. The University of Chicago Press, USA.
- NAKAJIMA, Chihiro
 1970 Subsistence and commercial family farms: some theoretical models of subjective equilibrium. In Whar-

- ton, C.: *Subsistence agriculture and economic development* (1970), pp. 165-184.
- deve-
- ORTIZ, Sutti
- 1967 *The structure of decision-making among Indian of Colombia*. In Raymond Firth, pp. 191-228.
- 1973 *Uncertainties in peasant forming. A Colombian case*. The Athlone Press, New York.
- OSSIO ACUÑA, Juan y MEDINA GARCÍA, Oswaldo
- 1985 *Familia campesina y economía de mercado*. Ediciones CRESE, Lima.
- PATNAIK, Utsa
- 1979 Neo-populism and Marxism: the chayanovian view of the agrarian question and its fundamental fallacy. *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 6, No. 4, july.
- PLATTEAU, Jean-Philippe
- 1982 Projet cooperatif et réalité rurale dans le Tiers-Monde. Vers une redéfinition des termes du débat. *Cahier de la Faculté des Sciences Economiques de Namur*, No. 45.
- PUTTERMAN, Louis
- 1983 A modified collective agriculture in rural growth-with-equity: reconsidering the private unimodal solution. *World Development*, Vol. 11, No. 2, February, pp. 77-100.
- 1985 Extrinsic versus intrinsic problems of agricultural cooperation: anti-incentivism in Tanzania and China. *The Journal of Development Studies*, Vol. 21, No. 2, january, PP. 175-204.
- REVESZ, Bruno
- 1986 Necesidad de una nueva interpretación de la reforma agraria y sus efectos. En SEPIA I: *Perú: el problema agrario en debate*, págs. 87-122.
- REYNOLDS, Lloyd G.
- 1975 *Agriculture in development theory*. Yale University Press, USA.
- RINAUDO, Yves
- 1987 Un travail en plus: les paysans français d'un métier á l'autre (vers 1830-vers 1950). *Annales*, 42ème année, No. 2, marx-avril, p. 283-302 (Armand Colin, París).

- ROUMASSET, J.
 1976 *Rice and risk*. North-Holland, Amsterdam.
- RUDRA, Ashok
 1982 *Indian agricultural economies. Myths and realities*. Allied Publishers, New Delhi.
 1984 Non-maximizing behavior of farmer crop selection. *Economic and Political Weekly*, Vol. XVIII, No. 40, october 1, Bombay.
- SANCHEZ, Rodrigo
 1982 *The andean economic system and capitalism*. In David Lehmann, op. cit. (1982) pp. 157-190.
- SCHULTZ, T.W.
 1964 *Transforming traditional agriculture*. Yale University Press, New Haven.
- SCOTT, James C.
 1976 *The moral economy of the peasant. Rebellion and subsistence in southeast Asia*. Yale University Press, New Haven and London.
- SEN, A.K.
 1966 Peasants and dualism with and without surplus labor. *Journal of Political Economy*, Vol. 74, No. 5, pp. 415-450.
- SEPIA I (Seminario Permanente de Investigación Agraria)
 1986 *Perú: el problema agrario en debate*. Lima.
- SHANIN, Teodor
 1971 *Peasant and peasant societies*. Penguin Modern Sociology Readings, Penguin Books, UK.
- SMITH, Carol A.
 1984 Does a commodity economy enrich the few while ruining the masses? Differentiation among petty commodity producers in Guatemala. *Journal of Peasant Studies*, Vol. 11, No. 3.
 1984 Forms of production in practice: fresh approaches to simple commodity production. *Journal of Peasant Studies*, Vol. 11, No. 4.
- SMITH, Gavin
 1985 Reflections on the social relations of simple commodity production. *Journal of Peasant Studies*, Vol. 13, No. 1.

- TAPIA, Mario
 1982 *El medio, los cultivos y los sistemas agrícolas en los Andes del sur del Perú*. PISCA, Cusco (mimeo).
- THORNER, Daniel
 1962 Peasant economy as category in economic history. In Teodor Shanin: *Peasant and peasant societies* (1971), pp. 202-218.
- THORP, Rosemary and BERTRAM, Geoffrey
 1978 *Peru 1890-1977. Growth and policy in an open economy*. Mcmillan, UK.
- UNA «LA MOLINA» y CERA «BARTOLOMÉ DE LAS CASAS».
 1986 *Estrategias para el desarrollo de la sierra*. Cusco.
- WEBB, Richard
 1977 *Government policy and the distribution of income in Peru 1963-1973*. Harvard University Press.
- WHARTON, Clifton R.
 1970 *Subsistence agriculture and economic development*. Frank Cass and Co. USA.
- YOTOPOULOS, Pan A. y NUGENT, Jeffrey B.
 1976 *Economic of development. Empirical investigations*. Harper International Edition, Harper and Row, New York and London.